

PEQUEÑAS
NOVELAS DEL PAÍS

(PRIMERA SERIE)

POR

MUÉRDAGO



ABORRECER EN VIDA, BUSCAR EN MUERTE.—HISTORIA DE UN
JAZMÍN DEL CABO.—OGARITA,
TRAGEDIA PAMPA.—EL ESCARABAJO.—LA LUZ MALA



BUENOS AIRES

IGÓN HERMANOS, EDITORES

CALLE BOLÍVAR ESQUINA ALSINA

1887

PRÓLOGO

Entramos á espigar en un campo poco explotado, pero sumamente rico: la literatura nacional, en la cual debieran ejercitarse de preferencia nuestros escritores en todos sus ramos. En cuanto á la novela, ella debe reproducir fielmente nuestros tipos y nuestras costumbres, sin degenerar en la exageracion ó la chavacanería, con las cuales se corrompe el gusto y se dá, además, una triste idea de nuestro pueblo á los extranjeros. Debe además revestir tendencias morales, sin cuyos requisitos no puede ser agradable ni provechosa su lectura.

Hemos hecho todos nuestros esfuerzos para obtener uno y otro; el público dirá si lo hemos conseguido. Así, pues, le ofrecemos esta série

de pequeñas novelas, como un ramillete de flores del país, no por cierto de las más escogidas, pero sí genuinas. Este es el único mérito que les atribuimos y por él esperamos la benevolencia de nuestros lectores. Una segunda serie seguirá á las presentes en cuanto sea posible completarla.

M. E. y P.

ABORRECER EN VIDA , BUSCAR EN MUERTE



ABORRECER EN VIDA, BUSCAR EN MUERTE



HISTORIA VULGAR



I

Don José es un solteron de 60 años. El otoño de la vida acaba para él y se presenta el invierno sombrío y amenazador; sin embargo, él se forja la ilusión de estar aún en plena primavera, ó á lo más en estío. Siempre correctamente vestido, aunque á la antigua; con los pocos cabellos que le quedan y el bigote cuidadosamente teñidos, el resto de la cara afeitado, quiere mostrarnos el sol en Libra ó Capricornio, cuando ya declina hácia el lejano Cáncer. ¿Por qué no se ha casado D. José? Si él fuera mujer se diría que por feo; pero como este impedimento no se conoce entre los hombres, dirémos simplemente que no sa-

bemos porqué. Ello es que él es soltero y hace vida de tal.

Él habita una casa de huéspedes, y como tiene algunos medios, sus ocupaciones son moderadas y hace una vida descansada. Levántase tarde; luego vá afuera á almorzar y comer y sólo vuelve á dormir despues de pasada la media noche. El resto del dia lo reparte entre sus ocupaciones ó sus entretenimientos. Como sus atenciones son pocas, estos son los mas-y le llevan largas horas; ir á averiguar las novedades del dia, hacer comentarios sobre ellas en un corrillo de amigos de su edad, que se reune en cualquier parte, en la plaza, en el bajo, en una tienda. Visitar en alguna casa de familia, aunque contadas veces, pues la reserva que hay que guardar en la conversacion en ellas no se aviene bien con su carácter y sus hábitos contraídos de largo tiempo. Así, pues, los centros predilectos que frecuenta son los cafés y los teatros; estos los de piezas alegres y ligeras como la opereta, la zarzuela; aquellos, todos donde ha, a con quien echar un párrafo sobre cualquier materia y ser escuchado. Allí perora sobre todos los temas: morales, científicos, literarios, artisticos, con una verbosidad que podrían envidiar los papagayos. Pero sobretudo, prefiere tratar dos puntos cuando halla jóvenes á su alcance y moralizar delante

de ellos, como dándoles sus lecciones; estos son la religion y la mujer. Escusado es decir cuán maltratadas salen de sus labios.

Filósofo racionalista, aquella no es para él mas que una pueril conseja, la fé un producto de la ignorancia, respetable á los mas, porque contiene las pasiones de las personas vulgares, pero en realidad vana y supersticiosa. La mujer! la mar! el viento! cuanto hay de malo, de incómodo, de inconsecuente, de necio, de insustancial, todo se compendia en ella. Es buena para entretener algunos instantes con su buen palmito (la que lo tiene) y con su charla; pero nada mas. Tratando de pasar adelante... *vade retro!* El afecto, la estimacion de un hombre serio é inteligente no puede inspirarlos. Hé aquí sus ideas capitales, las cuales á cada paso propala y en todos los tonos; son, por decirlo así, el fondo de su sér, el rasgo que lo caracteriza.

II

Si echamos una ojeada retrospectiva y tratamos de escudriñar á través de la obra destructora de este terrible fugitivo que se llama *el tiempo*, hallaremos que D. José fué niño, nació de una mujer y se crió como

los demás hombres. Mas aún, que fué educado cristianamente por sus padres.

Pero andando el tiempo y haciéndose jóven, entró á estudiar para seguir una carrera superior en la Universidad del Estado ó Colegio Nacional, carrera que él dejó por su carácter inconstante y díscolo; mas no así muchas perniciosas ideas que la enseñanza de malos profesores y la lectura de malos libros imprimieron en su espíritu. Allí aprendió á menospreciar la religion y su culto, tomando su lugar un vago deísmo ó falso racionalismo, que él considera superior á la fé cristiana. Allí aprendió una moral nueva, para la cual no hay mas faltas que los delitos penados por la ley: robar, matar, calumniar. Y los que los evitan son hombres irrepreensibles, una especie de justos de la antigua ley, que de nada tienen que avergonzarse en su conciencia delante de Dios, que, por otra parte, no se mete en muchas honduras y hace la vista gorda sobre todo lo demás.

Respecto de las mujeres, dicen las malas lenguas, que no siempre les ha sido tan adverso, sino que mas bien en su juventud ha estado en el extremo opuesto. Verdad es que dicen tambien, para escusarlo, que la calidad de aquellas que ha frecuentado disculpa su aversion presente. A nosotros nos parece que sus

simpatías por lo malo tienen la culpa de todo, pues lo mismo le ha acaecido con las doctrinas, prefiriendo las malas y dejando á un lado las buenas.

Pero en fin, dejemos cosas pasadas que es tan difícil averiguar y atengámonos á lo presente. Ello es que don José, sean cuales fueren las circunstancias de su juventud, las distintas profesiones que haya ejercido, los viajes que haya hecho, los diversos sucesos que haya pasado durante el dilatado espacio de 60 vueltas del zodiaco, se mantiene firme en sus trece. No ha querido saber nada de *casaca*, ni penetra en la Iglesia jamás; digo mal, si penetra en los funerales de las personas de su relacion por compromiso, para estar á la despedida del duelo.

III

Frente á la casa donde habita don José, viven tres señoras solas. Doña Mariquita, anciana respetable de 65 años, soltera; su hermana Cipriana, soltera tambien, pero una década menor que doña Mariquita; y finalmente Julia, sobrina de ambas, preciosa niña de 16 años que (escusado es decir) es soltera, pero que no lo será por mucho tiempo.

Doña Mariquita ha dejado hace muchos años las

ilusiones del mundo; pequeña, delgada, vestida siempre de negro y cubierta con un sencillo velo en la cabeza, frecuenta las Iglesias y pertenece al gremio de las que llaman *beatas*, pero en el buen sentido de la palabra. Excelente de condicion, diligente, caritativa, ella proyecta su sombra protectora sobre su hermana menor y su sobrina, y hace las veces de madre. De ésta pudiera bien serlo, mas no de aquella, pues solo es diez años menor; á pesar de todo, su cariño las iguala y siempre la llama *niña*; verdad es que es su madrina de bautismo. Cipriana, por su parte, la trata de *usted*.

Cipriana es distinta de su hermana; alta, gruesa de cuerpo, no ha sido mal parecida de jóven y á pesar de sus cincuenta años pasados, aun conserva buena apariencia. Viste de color algunas veces y usa vestidos y gorras á la moda; aquellos con muchos prendidos y guarniciones, éstas con flores, moños y plumas. No va tanto á la Iglesia como su hermana, ni es de carácter tan apacible; se ocupa de la vecindad y corta y pone algunos sayos al prójimo; á pesar de esto, es buena y religiosa como su hermana. Verdad es que son de una familia antigua y han recibido una educacion cristiana y excelente, aunque ahora se hallan en modesta posicion. Hijas de un coronel del

ejército, reciben pension del Estado y con esto y el producto de su industria (coser y hacer bordados) viven con decencia, ya que no con mucha comodidad.

¿Qué diremos de su sobrina? Julia es hija de un hermano de estas señoras y huérfana de padre y madre, que perdió durante la fiebre amarilla. Sus tias la tomaron á su cargo y la han criado y educado como hija. Su educacion, pues, es buena, y además es bella como el dia. Blanca con un blanco mate, de facciones finas, cabellos negros y crespos, ojos verdes, dos lunares en el rostro; regular estatura, ni gruesa ni delgada, es un verdadero tipo americano y como tal excita la admiracion, sobre todo de los extranjeros. Colocada en otra posicion, frecuentando los centros de la sociedad, habría llamado la atencion, como dicen; en su posicion modesta pocos se acuerdan de ella, pues para brillar en este tiempo se necesitan *brillantes* y ricos trajes; la belleza natural no es necesaria, pues se reemplaza con los mil recursos con que cuenta el tocador moderno para hacer á todas hermosas.

Enfrente de su casa habita, como hemos dicho, don José; muchas veces habia reparado en los encantos de su bella vecina, cuando esta acertaba á asomarse al balcon. Á veces se hallaba él tambien en el

suyo y cuando salian las señoras las saludaba cortesmente, como se acostumbraba á lo antiguo, sin tener mayor relacion. Una casualidad los puso al habla y desde entonces estrecharon buena amistad.

Habiendo las señoras mayores tenido necesidad de ir á la casa de Gobierno por asuntos de su pension y andando como perdidas de oficina en oficina, don José, que se hallaba allí por sus negocios, vino en su auxilio y las guió, como Ariadna á Teseo, con el hilo de su práctica por aquel revuelto laberinto ó *maremagnum* de gentes, salas y pasillos. Quedaron las señoras sumamente agradecidas á la atencion del caballero, y al despedirse, entre mil cumplimientos de estilo, le ofrecieron la casa. Don José quedó muy satisfecho, y como hacia tiempo la curiosidad lo picaba de conocer de cerca á aquel portento que tenia por vecina, aprovechó el ofrecimiento en la primera ocasion y se presentó de visita en casa de las señoras.

Recibiéronlo estas muy amables, la sobrina con modestia; quedaron unos y otros muy prendados mutuamente y se entabló entre ellos una relacion que se hizo de dia en dia mas cordial con la repeticion de las visitas. Don José halló allí una especie de oasis en el desierto árido de su vida, en donde pasaba momentos tan agradables, como no recordaba haber

pasado nunca y que á su imaginacion se le figuraba un paraíso lleno de encantos y tan inocente como el primero.

IV

Pero dice un refran, que no hay paraíso sin serpiente que venga á turbar su felicidad, y de repente esta se presentó en figura de un novio de la sobrina de aquellas señoras. Alfredo se llamaba él y era un jóven de 22 años, de buena presencia, bien educado; estudiante de derecho, iba á recibirse pronto de abogado, pero era pobre y habría que esperar á que hiciese carrera antes de casarse. Única nube que venia a sombrear un cuadro tan sonriente!

Esta aparicion inesperada vino á colocar á cada uno en su papel y á hacer la luz sobre una confusa trama que se urdía en las sombras, sin apercibirse ninguna de las personas de aquella agradable tertulia y á pesar de ellas mismas.

D. José al ver las atenciones del jóven esudiante con la bella Julia y que ésta daba la preferencia á sus palabras, y aún hacía apartes con él, empezó á sentir su corazón aguijoneado por los duros celos y á pasar un calvario del cual solo él tenía la culpa; pues

apasionarse un anciano de una joven en la edad de Julia y pretender ser correspondido, es, como vulgarmente se dice, *á la vejez viruelas*, ó *pedir peras al olmo*. La venda del engaño en que estaba cayó de sus ojos y sintió derramarse sobre su corazón un desencanto amargo como la hiel.

En cambio se apercibió de otra cosa que no le mortificó menos, y es que Cipriana tenía puestas sus miras sobre él para que la condujese ante las aras de Himeneo! Hasta entonces sus atenciones y melífluas palabras las había tomado como auxilios prestados por la tía á la causa de su sobrina; recién ahora se apercibió de que aquella trabajaba por cuenta propia.

Esto que era lo mas natural, parecióle tan mal y ofendió tanto su amor propio, que casi le hizo olvidar el primer disgusto. Que una jovencita lo desdeñase pase; pero que una vieja tuviese la pretension de agradarle, esto lo confundía, lo exasperaba, esto traspasaba los límites de lo posible! D. José era como aquellos que dice el Evangelio, *que ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio*. Él consideraba á Cipriana como una vieja, como una mujer que ya no tiene derecho á agradar, pues ha perdido todos sus encantos junto con la juventud. En cambio él se consideraba todavía con suficientes

méritos y atractivos para cautivar el corazón de una jovencita y hacer concurrencia al apuesto estudiante. **Extraño efecto del amor propio!**

Para dar fin á aquella situación habría querido huir cien leguas de aquella casa, y esto fué en lo único que fué prudente. Se determinó á dejar aquella amistad en que tan buenos ratos había pasado, aunque á costa de tan amargo desengaño, y se fué retirando poco á poco hasta olvidar del todo la relación. Mudó por fin de casa tratando de alejarse, pero conservó siempre, preciso es decirlo, la mejor opinión de la virtud, honestidad y agradable trato de aquellas buenas señoras.

V

Todo en esta vida tiene su fin y el de D. José se acercaba. Como dos años después de este suceso, á consecuencia de retirarse tan tarde de la noche á su casa en tiempo húmedo y ventoso como es el invierno, le sobrevino un fuerte catarro que, descuidado por él, degeneró en una pulmonía que le postró en el lecho. Su enfermedad fué triste y desamparada; en manos de la patrona de la casa de huéspedes y de un gallego sirviente, pocos y nada solícitos cuidados es

justo hacerse cargo que recibiría. Sus amigos, pocos vinieron á verle y esos pocos no volvieron, pues el asistir á los enfermos es obra que recomienda la caridad cristiana y que no pueden practicar gentes olvidadas de Dios; además, su genio, agriado cada vez mas, parecia despedirlos de su lado. Pero una casualidad ó la Providencia vino en su auxilio.

Supieron aquellas señoras, sus amigas de antes, la enfermedad de D. José por el estudiante, y al punto, como religiosas y caritativas, le enviaron recado ofreciéndole sus servicios para caso tan penoso. Además guardaban de él un buen recuerdo, pues siempre habia sido cortés con ella y jamás en su presencia se habia desmandado en conversaciones como las que solía tener en los cafés. Si alguna vez apuntó alguna idea menos favorable á la religion, una prudente insinuacion de D^a Mariquita bastó á ponerle á raya y reducirle á la razon. Él, como ya hemos dicho, conservaba tambien aprecio por las señoras; aparte del recuerdo de su fracaso, en el cual ellas no tenian la culpa.

Así, pues, cuando recibió su recado contestó con comedimiento, pero aplazó sus ofrecimientos para mas apremiante ocasion, pues sentia alguna mejoría. Desde entonces mandaron recado todos los dias para sa-

ber de su estado. Un dia supieron por la patrona, que el caso era cada vez mas grave y que el médico no daba esperanza. Entonces resolvieron de comun acuerdo pasar Da Mariquita y Cipriana en persona á visitarle, halláronle en un lastimoso estado, pero con pleno conocimiento.

Da Mariquita como la mas advertida, atendió primero al estado de lo espiritual y se fué á ver á don Santiago, el anciano Cura de la parroquia, sacerdote respetable y que pasaba por muy ilustrado. Expúsole el estado del enfermo, lo que ella conocía de sus ideas, y quedaron concertados en que él vendría á hacerle una visita, como habiéndole ella prevenido. Entretanto Cipriana, como mas robusta, acompañada de la patrona y el gallego, arreglaban el lecho y la pieza que bien lo necesitaba por su estado de desórden, y le suministraban las medicinas ordenadas por el médico á debido tiempo. Esa noche quedaron las señoras á velar, á pesar de las instancias de D. José para que se retirasen.

Al otro dia por la mañana vino el Señor Cura de la parroquia é hizo su visita al enfermo, en que hablaron á solas largo rato. El resultado de esta conferencia fué, que D. José se habia reconciliado con la Iglesia y recibiria el viático esa misma mañana. Las

señoras se encargaron del altar y arreglaron uno con primor, adornándolo con manteles de encajes, candelabros, su crucifijo y flores que pidieron á sus amigas. Trajeron de la Iglesia á su Majestad con muchas luces y acompañamiento y D. José lo recibió con gran devocion; despues quedó su espíritu tranquilo y pidió el escribano para hacer testamento.

A la noche se agravó tanto que el Sr. Cura le administró la extremauncion y le rezó las preces de los agonizantes. Al póco rato entregó su alma á Dios, dejando encargados, entre muchas buenas obras, en su testamento, un buen dote á la bella Julia para que se casara pronto y una pension á D^a Mariquita y Cipriana para que pudiesen vivir con mas comodidad.

HISTORIA
DE
UN JAZMIN DEL CABO



HISTORIA DE UN JAZMIN DEL CABO



COMO USTED GUSTE

I

Aquí os presento, lectores míos, á la Señora Cornelia Rebato, dama altiva y decidida como pocas. Ella ha dado ya vuelta á la esquina, como se dice vulgarmente, y sus diez lustros no los volverá á cumplir, pero los lleva con la cabeza erguida y con tantos bríos como si fueran cinco. Su rostro, es cierto, no conserva la primitiva frescura y rasgos delicados; pero esto no le importa pues no tiene pretensiones á la belleza y además su carácter varonil le hace desdeñar los afeites. Sin embargo, gusta de vestir ricos trajes, aunque á veces tan recargados y de colores tan fuertes, que la hacen semejar de lejos un pintado faisán ó vistoso guacamayo.

Ella es soltera, no habiendo querido jamás rendir la cerviz al blando yugo de Himeneo; dice que no le han faltado excelentes partidos en su juventud, pero que ha tenido la fortuna de conocer bien á los hombres y así ha resuelto evitarse malos ratos, conservándose siempre libre é independiente, pues las cadenas del matrimonio, aunque parecen de flores, no por eso dejan de atar y ser bien pesadas. Las malas lenguas dicen, que ha tenido, es cierto, pretendientes, pero que todos la han dejado, no hallando en ella suficientes atractivos y por temor de su carácter díscolo y altanero. No dirémos que este sea de crema ó de pasta de almendras; él es resuelto y firme como pocos, á veces ágrío y pendenciero, capaz de tenérselas tiasas al mismo Barrabás cuando se crée en su derecho; pero en el fondo encierra un buen corazón y no deja de poseer algunas cualidades amables. Es como aquellas frutas que tienen una áspera y amarga corteza y en el interior guardan una comida sana y agradable.

Da. Cornelia vive sola, pero con comodidades, pues posée alguna fortuna; tiene su cocinera, y por mucama una china que ella misma ha criado y enseñado con esmero á todo servicio. Nadie mas en la casa, excepto el grande y blanco gato, necesario para

la polieia de los ratones, y el verde loro que, plantado en su palo, la alegra todo el dia con sus chillidos. Escusado es decir que la casa se halla bien tenida.

Entre las aficiones agradables de la señora, es una el ser sumamente amiga de las flores; ella las cuida y cultiva con esmero; son su recreo favorito. Asi pues el patio de la casa todo está lleno de ellas; rosas y claveles de varias clases, geranios, anémonas, llenan cantidad de macetas de barro ó cajones de madera puestos sobre piés de fierro. No falta allí la magnífica magnolia con sus enormes y fragantes flores; ni las blancas gardenias de nevadas hojas y esquisito perfume. Pero estas últimas, como mas delicadas, las abriga la señora en tiempo frio en su balcon que dá á la calle, cerrado con cristales, teniendo cuidado de abrirlos á ciertas horas para mudar el aire y que respiren las plantas. En fin, hay allí plantas de todas las estaciones y en todas ellas recoge su dueña una fragante cosecha que le sirve ó bien para adornar su sala, ó para enviar á sus amigas, ó tambien algunas veces para mandar á la Iglesia á la Virgen de Mercedes ó del Rosario en sus fiestas. No es que D^a Cornelia sea devota, nó; pero ella tiene fé y cumple sus principales deberes de cristiana, como ha aprendido de sus padres.

Entre las plantas de gardenia que posee la señora, hay una de las que llaman jazmin fortunei ó jazmin del Cabo jigante, que por un raro capricho de la naturaleza no habiendo dado ningunas flores en el verano, ha producido ya entrados los frios un solo boton, pero tan grande y hermoso, que presagia lo que ha de ser la flor cuando abra. Así, pues, D^a Cornelia lo ha rodeado de especiales cuidados desde el principio, para que llegue á feliz término, llevándolo á su invernáculo del balcon que mira al Norte y abrigándolo de la lluvia y de los vientos. Ella dia por dia ha seguido su desenvolvimiento, viendo con gozo que los frios, á pesar de su aumento, no le hacian ninguna impresion; finalmente, lo ha visto romper el broche y empezar á extender su circulo de grandes y blancas hojas carnosas y embalsamar el ambiente con su fragancia. Loca de gozo D^a Cornelia espera enseñarla á sus pocas amigas y aun triunfar sobre un jardinero conocido, de quien ha recibido algunas lecciones sobre el cuidado de las plantas, pues poseer una flor de esta clase hácia el fin de Mayo es cosa que se habrá visto raras veces.

Pero la fatalidad se complace en destruir los mas lisonjeros proyectos; habiendo tenido necesidad de salir esa mañana á algunas diligencias de intereses,

después de tantos cuidados y quizás embargada por el excesivo gozo, la señora se olvida y deja los cristales del balcón abiertos, mientras vá á la calle. A su vuelta sube á su sala, corre á la ventana á contemplar su amada flor y encuentra, ¡oh terrible espectáculo! ¿cómo lo diremos?... que el jazmín no estaba allí, había desaparecido. Un rayo que hubiera caído á sus piés, pulverizando la casa, no le habría causado mayor impresión. Sintió como una oscura nube subirle á los ojos, dar vueltas su cabeza y tuvo necesidad de sentarse. Un rato estuvo así; pero una vez recobrada, estalló en una tormenta de gritos, quejas, imprecaciones, llamadas y retos á las sirvientas. Primero sospechó de estas pensando se lo hubiesen robado, y les echó una arenga fulminante que las dejó aterrorizadas, amenazándolas hasta de llevarlas á la Comisaría. Pero fueron tales sus protestas y sus lágrimas, y como por otra parte jamás se había perdido en la casa ni un alfiler, que al fin creyó en su inocencia. De aquí pasó á inculpar al loro ó al gato; pero esta suposición no aparecía verosímil, pues era imposible que hubiesen podido pasar al balcón, habiendo quedado todas las puertas muy bien cerradas; además la flor, aunque ajada y marchita, se hallaría allí cerca si les hubiera servido para sus juegos.

Un solo camino le quedaba; al lado de su casa y tocando á su balcon habia una casa de huéspedes en donde habitaban varios estudiantes pobres que tenían muchas visitas de sus compañeros y amigos; de ellos sospechó la señora que alguno, aprovechando el descuido de haber dejado abiertos los cristales, se lo hubiese hurtado cortándolo por medio de alguna caña, pues de aluera era imposible entrar. Asi fuése á ellos dispuesta á armarles una escena, pero ellos protestaron de su inocencia, y como faltaban los testigos y el cuerpo del delito no se hallaba, la señora, muy á su pesar, tuvo que retirarse y desistir de su acusacion. No así de sus sospechas que persistieron tenaces en su ánimo, pasando el-día en una gran agitacion y disgusto. Ofreció á San Antonio velas y rezos, si se descubría el autor de tamaña felonía, aunque no recobrase la desdichada flor, para abrumarle con sus denuestos y tomar una justa venganza. Sigamos el curso de esta historia.

II

Mientras queda la pobre D^a Cornelia entregada á su afliccion y enojo, trasladémonos á uno de los barrios bajos de la ciudad, lo que llamamos las orillas. Allí,

en una de esas muchas calles que quedan todavía en Buenos Aires sin empedrar, sin veredas, mal edificadas, en una de las muchas casitas de mal aspecto, morada todas de gente pobre, vive una joven costurera llamada Matilde, acompañada de su anciana abuela y otra hermana menor. Matilde no tiene nada de particular que la distinga de las otras jóvenes de su clase, así como la casa que habita no se distingue de las que la rodean. Morena, de graciosa fisonomía, negros ojos, pertenece al tipo criollo como lo vemos todos los días; es agradable sin ser bella. Su abuela es una anciana casi decrepita, que no les presta sino el auxilio de la compañía y el respeto de una persona de su edad. Así, pues, ella y su hermana Cristina, algo menor que ella, viven del producto de su trabajo, la costura; ruda faena en realidad, que produce poco y acaba con muchas pobres mujeres, aunque parece leve. Pero en medio de su pobreza poseen un gran tesoro, que es su honradez, inculcada por la buena anciana que las ha criado y á quien ellas ahora sostienen; en fin, aunque con mucha pobreza y privaciones, todas tres viven y pagan el corto alquiler de su pequeña casita.

No hay muchacha en la edad de Matilde, á quien alguien no le haya dicho: buenos ojos tienes! Y á ella se

lo ha dicho mas de uno. Hay un jóven empleado del ferro-carril que la visita y parece tener honestas intenciones; hay tambien un estudiante, llamado Alberto, no bien parecido, pero que á ella se lo parece mucho, pues siempre anda muy elegante y bien vestido. Él ha empezado á pasar por la casa, despues á hablarlas á la puerta y ahora ya las visita. Sus intenciones, sabe Dios cuales serán; pues es costumbre antigua de los señores estudiantes de irse á los barrios lejanos de la ciudad á cortejar muchachas pobres en el tiempo en que debieran mejorar sus libros. Ellos pierden su tiempo y mas lo hacen perder á las incautas que se dejan seducir por sus vanas palabras; pues siendo generalmente de clase mas elevada y perteneciendo á familias ricas, en lo que menos piensan y lo menos posible es, dadas las condiciones del mundo, que arriben á un casamiento. Pero la pobre Matilde nada sabe de estas cosas y su abuela, á pesar de ser buena mujer, no alcanza tampoco mucho y así no puede ayudarla con sus consejos

Ella vive en un mar de ilusiones y dorados ensueños; piensa en su casamiento con el estudiante, piensa en ser rica casándose con él, piensa en ser feliz saliendo de su pobreza y pudiendo disfrutar del lujo y las diversiones del mundo, que ha entrevisto á veces

como por el ojo de la llave en las calles y los paseos ó llevando trajes para las jóvenes ricas. Así todas sus atenciones y preferencias se dirijen al estudiante *dandy* y parece desdeñar al jóven empleado, que sintiéndose humillado por su elegancia y porte distinguido, se retira no atreviéndose á entrar en competencia con él.

Alberto, por su parte, se muestra muy atento con Matilde y aun le trae á veces pequeños obsequios que acaban de alucinarla; ya una cajita de dulces ó de bombones, ya una camelia ó un ramo de violetas. Un dia, viniendo á la visita de costumbre, la dejó asombrada trayéndole un magnífico jazmín fortunei, tanto por el tamaño, como por el tiempo que era extraordinario por ser invierno. Recibiólo ella con mil muestras de agradecimiento; pero despues que él se fué, empezó á reflexionar para que le servía aquella flor tan hermosa, sino era para dar envidia á las vecinas y excitar sus murmuraciones, y de racionio en racionio acabó por pensar que era mejor venderlo á uno de los marchantes de flores que talvez le daría buen precio por no ser flor del tiempo y tan estimada. Así, pues, Matilde llamó á un vendedor de flores que iba á las quintas vecinas á comprarlas y de regreso pasaba por su casa con las canastas bien provistas, pero de

flores de invierno, violetas, junquillos, jacintos, san vicentes etc.

—Marchante, venga! exclamó la muchacha.

—¿Qué quiere Vd., niña? contestó él, ¿me va á comprar flores? (pues su apariencia de pobreza no prometia mucho gasto).

—Nó, repuso ella; es para venderle un lindisimo jazmin *fortunio*, si lo quiere comprar.

—Jazmin *fortunio* en este tiempo! exclamó el vendedor, no puede ser; nó se halla uno en toda la ciudad.

—Pues aquí lo tiene Vd., contestó ella, enseñando á los ojos asombrados del italiano la magnífica flor puesta en un vaso de vidrio ordinario.

—¿Y cuánto pide por él?

—¿Cuánto daría Vd?...

—Cincuenta centavos; le parece?

—¡Qué esperanza! flor como esta no se halla en todo Buenos Aires, como Vd. ha dicho recien; apenas la daré por un nacional.

El italiano reflexionó, y calculando sin duda que podria venderlo por dos, dijo:—Bien, niña, tome Vd. el nacional, compro el jazmin.

Matilde se lo entregó, tomó el nacional y se fué muy alegre á contar á su abuela y su hermana el

negocio que acababa de hacer. Ese día fué de fiesta en la pobre casa; compraron chocolate y bizcochos é invitando á unas amigas de la vecindad, hicieron una merienda como pocas veces la habian hecho. Sigamos á nuestro jazmin en su peregrinacion.

III

El vendedor marchó con sus canastas á casa de una de sus mejores clientes, la señorita Alix Davis. Hija de padre inglés y madre del país, ella es una hermosa jóven de 25 años que reúne en su persona las calidades de las dos razas, y junta al mismo tiempo algunas excentricidades inglesas con caprichos de americana. Ella ama con pasion las flores, busca las más hermosas y las usa casi siempre en su tocado ó prendidas al pecho. Esa noche debia asistir á la ópera en Colon y deseaba presentarse en su palco de esta manera; así habia encargado al vendedor le trajese la más hermosa flor que encontrase, que se la pagaria á cualquier precio. Cuando vino éste y le presentó el hermoso jazmin, quedó asombrada y le pagó sin vacilar los dos nacionales que le pidió, pues siendo sus padres sumamente ricos, ella no ponía tasa en el gasto, con tal de satisfacer sus caprichos.

Esa noche la señorita Alix se presentó en Colon en una *toilette* que llamó mucho la atención é hizo muy buen efecto por su sencillez y originalidad. Vestida de blanco, ostentaba sobre una bata descotada de terciopelo oscuro, la blanca y enorme flor prendida; ningun adorno más, ni en su cabeza ni en sus brazos. Verdad es que las personas como ella con cualquier traje están bien, pues poseía una belleza real. Muchas personas repararon en su adorno y admiraron el hermoso jazmin, nacido tan fuera de tiempo.

Por una coincidencia la señora Cornelia se hallaba también esa noche en el teatro. Aficionada á la buena música, tenía costumbre de abonarse todos los años á la temporada de ópera en Colon; ella ocupaba un asiento de primera fila en la cazuela, pues siendo señora sola, allí se hallaba mejor y más á gusto que en otros sitios del teatro. El día de la pérdida de su jazmin era el del estreno de una renombrada *prima-donna*; además cantaba también un célebre tenor; la ópera que se daba eran *Los Hugonotes*, tan favorita siempre del público. Así, pues, aunque disgustada por el suceso, ya que no tenía remedio y para distraerse de su mal humor, resolvió no perder la función de esa noche. Cerca del segundo acto, empezó á oír las conversaciones y á mirar la concurrencia;

como todos, reparó en la hermosa jóven que hemos dicho, más ¡cuál no fué su asombro al ver la flor que llevaba en el pecho!

Ayudóse con los anteojos para ver mejor, y ya no tuvo duda de que era su mismísimo jazmin, aquel que habia dado su planta... A punto estuvo de lanzar un grito, pero se contuvo. Desde entónces estuvo toda la representacion distraida; sucedíanse las arias, duos y tercettos y ella siempre con su ánimo embargado y como repartido entre el canto y la contemplacion de aquella flor. Perdiase su imaginacion en un mar de conjeturas, de cómo habria llegado á las manos de aquella jóven. Novia de alguno de los estudiantes pobres que vivian al lado de su casa, no podia ser, pues su aspecto, su traje, el sitio que ocupaba, lo hacian casi imposible. Por algun otro medio debia sin duda haberlo obtenido.

Averiguó entre las vecinas su nombre y resolvió completar sus indagaciones al otro dia. Con esta preocupacion se retiró del teatro y fuése á dormir.

IV

Al otro dia doña Cornelia envió con su mucama una atenta tarjeta á la señorita Davis, rogándole tuviese la amabilidad de decirle donde habia compra-

do la flor que ostentaba la noche anterior en el teatro, pues deseaba conseguir otra igual. La señorita no extrañó este mensaje, pues doña Cornelia tenía fama de extravagante y caprichosa, y como por otra parte lo que pedía no era nada inconveniente, contestó diciendo que le enviaria al vendedor de flores que se la había traído, de él podría obtener datos mas completos.

En efecto, al otro día presentóse el italiano en casa de doña Cornelia y le relató la historia de como había comprado el jazmin. La señora para contentarlo le compró algunos ramos de violetas y le despachó con rostro muy amable y satisfecho. Otra vez se hallaba sobre la pista de sus sospechas! siempre los estudiantes pobres pasándole por la imaginacion! Alguno de ellos debía haberlo hurtado y regalado á aquella muchacha pobre que debía ser su novia.

Como era decidida y de expediente doña Cornelia resolvióse á no dejar el asunto comenzado, á ir en persona á averiguar todo de boca de la misma muchacha. Tomó la calle y número de su casa, y como por cierto era bien lejos, hizo venir un coche de plaza y se dirigió allá. Una vez llegada, llamó la puerta y anunció su visita, con no poca sorpresa de la hermana menor de Matilde, que salió á abrirle, pues la lle-

gada de una señora con vestidos ricos y en coche á una de estas pobres moradas, asume el carácter de un acontecimiento. Así, salieron cantidad de personas á mirarla de las casas vecinas.

Recibida por Matilde en la humilde pieza que hacia las veces de sala, en donde se hallaba un armario, una pequeña mesa de comer, algunas sillas de madera y un sofá antiguo de cerda, cubierto con un paño de crochet, obra de una de las muchachas, la señora entró en materia con mucha autoridad y expuso á la jóven costurera el objeto de su visita.

—Hija mía, le dijo, he oido que usted tiene muy hermosas plantas de jazmines del Cabo. El otro dia he visto una flor hermosísima que usted habia vendido.

—Señora, contestó la muchacha, somos unas pobres que vivimos de nuestro trabajo y no podemos tener plantas como la que usted dice, pues cuestan muy caro. Usted ve nuestra triste situacion. . . .

—Pero, hija, repuso con cariño la señora, si yo mismo he visto la flor vendida por usted, segun me dijo un italiano vendedor de flores, que me indicó su casa. . . . Si usted no tiene las plantas, ¿no podrá decirme de donde la obtuvo?

La muchacha se ruborizó un poco y la señora conociéndolo, le dijo:

—Vamos, hija mia, diga sin reparo.... algun jóven se lo regaló....

—Sí, señora; dijo con trabajo la muchacha, así es....

—¿Y ese jóven podré saber cómo se llama?...

Entonces Matilde, mas alentada, le dijo el nombre de Alberto, y de confianza en confianza le contó sus festejos, las esperanzas que tenia para el porvenir, su triste situacion presente.

Doña Cornelia pareció interesarse mucho por la jóven y le hizo muchos cariños y ofrecimientos; finalmente dijo con apariencia muy plácida:

—Vamos, hija, que por esta casualidad he venido á conocerla; puede ser que algun dia le pueda ser útil en algo.

Y dejándole su nombre y las señas de su casa, se levantó y se fué. Matilde la acompañó hasta la puerta.

La señora subió al coche muy satisfecha de sus indagaciones. Habia estado bien en la pista, aunque no fuese del todo como lo pensaba. El tiro no partia de los estudiantes pobres, sus contrarios, sino de un amigo de estos; era algo parecido y podian ser participantes. Ella habia escuchado con aparente complacencia el noviazgo de Alberto con la costurera, pero en su interior ardía de enojo contra éste y juró desde entonces tomar de él una revancha completa.

V

Hemos dicho que al lado de la casa de doña Cornelia habia una casa de huéspedes, en donde vivian varios estudiantes pobres, de abogado. Alberto de la Veleta, jóven de 18 años, era tambien estudiante de leyes, pero no pobre como ellos, ni vivia allí, aunque sí era su amigo y solia venir á visitarlos. Su padre, el señor de la Veleta, era un propietario sumamente rico; poseia varias estancias, casas, carruajes, etc.

No era de alcurnia muy elevada, en verdad, ni sus alcances muchos; sino que habiendo hecho fortuna en el campo, habia venido á la ciudad á disfrutar sus caudales y hacer educar á sus hijos; por lo demás, era un hombre excelente y de muy sanos principios. La carrera de abogado, como carrera que es del saber, habíale halagado mucho, y todo su anhelo era tener un hijo doctor; así, pues, habia puesto á Alberto, una vez completa su educacion primaria, á estudiar leyes con este fin.

Alberto tenia la cabeza medio vacía y muy ligera, como suelen tenerla muchos jóvenes de su edad; así poco pensaba en sus estudios y mucho en los placeres y diversiones de toda clase. Lo mas del tiempo

se le iba en correr las calles y andar de barrio en barrio en busca de entretenimientos y aventuras; él sabía mejor de memoria la lista de las muchachas bonitas de cada parroquia que lo que había de responder en sus exámenes. Cuando llegaba esta época se contraía uno ó dos meses y mal que mal, gracias á algun profesor complaciente, salía del paso y entraba á otro año de estudios. Sus padres que ignoraban todo esto,—pues él tenía buen cuidado de ocultárselo,—estaban orgullosos de él, y lo mimaban como á hijo favorito; le abrían el bolsillo con largueza, dándole buenas sumas cada mes para atender á sus gastos. Así él vestía con elegancia y poseía cantidad de trajes variados, asistía á teatros é iba á los paseos en carruaje, por lo cual era muy considerado y envidiado de sus amigos, á quienes llevaba consigo algunas veces.

D^a Cornelia estaba en posesion de todos estos datos, pues conocía á los padres del jóven y él venía con frecuencia al lado de su casa. Por tanto no se halló sin armas para ejercer su venganza. Espióle desde su balcon y un dia que venía á ver á sus amigos los estudiantes, le chistó y pidió que subiera á su casa, pues necesitaba hablarle. El lo hizo así, aunque receloso de haber sido descubierto y le esperase una

severa reprimenda de parte de aquella señora. Una vez en la sala de D^a Cornelia, esta le dijo con muy buen modo:

—Caballerito, lo he llamado á Vd. para preguntarle adonde compra **tan buenos** jazmines del Cabo, como el que Vd. ha regalado el otro día. . . .

—Señora, contestó él, ignoro completamente lo que Vd. me dice, pues no he comprado ni regalado ninguno.

—Vamos, jóven, que lo sé de buena tinta; por la misma persona á quien Vd. lo dió. . . .

—Señora, le doy á Vd. palabra de que no he dado á nadie nada! . . .

—He nacido mucho antes que Vd., repuso D^a Cornelia con severidad, y sé á que atenerme en este punto. Vd. no solamente ha regalado ese jazmin, sino que lo ha. . . . hurtado de mi balcon, hace pocos dias.

—Vd. me ofende, señora! replicó el estudiante con una mezcla de política é irritacion.

—Caballero, no hago sino decir la verdad, eso está en su conciencia. Ahora bien: yo no lo he llamado á Vd. para esto solo; hay otro asunto además por medio. Vd. engaña y hace perder su tiempo á esa pobre muchacha costurera, y yo la he tomado bajo mi proteccion. . . . Vd. debe retirarse inmediatamente y no volver mas á su casa; sinó yo tomaré mis medidas.

—Señora, yo soy absolutamente libre de ir donde me parezca, y ni Vd. ni nadie puede impedírmelo, ni tomarme cuenta de mis actos. . . .

—Vd. lo sabrá dentro de poco; ó bien hace lo que yo le digo, ó daré parte á sus padres de lo que pasa y ellos pondrán remedio. . . .

En esta disyuntiva despidió D^a Cornelia al estudiante, que se retiró muy incomodado y fué á contar á sus amigos que había sido descubierto, pero callando el último punto.

Despues, fuese por temor de D^a Cornelia, cuyo carácter conocía y á qué extremos podía llegar, fuese por miedo de que lo supiesen sus padres y lo reprendiesen y retirasen la renta; ó tambien porque no le halagaba mucho aquel festejo, pues trataba solo de pasar el tiempo y para esto le sobraban ocasiones, ello es que Alberto dejó del todo de ir á casa de la costurera.

VI

Matilde lloró por algunos días la pérdida de sus ilusiones y aún achacó á sus confianzas con D^a Cornelia de ser la causa de este suceso; pero esta amargura fué para su bien, así como un remedio amargo

y desagradable, aunque no guste al paladar, muchas veces es bueno para la salud.

Una vez espantado aquel importuno moscardon, volvió á aquella colmena la abeja industriosa y diligente; digo que el empleado honrado y laborioso volvió á ver á Matilde, no sin hacerle algunos reproches por su proceder anterior. El asunto esta vez fué conducido con tan buena suerte, que dentro de algunos meses quedó arreglado su casamiento.

Matilde entonces se acordó de los ofrecimientos de D^a Cornelia y fué á verla para rogarle le sirviese de madrina. D^a Cornelia lo aceptó de buena gana y su regalo fué el ajuar de boda, bueno y abundante, aunque no se veía allí nada de lujo. Hizo mas: al otro día de su casamiento le envió una bandeja cubierta de gardenias, de aquellos mismos jazmines gigantes de la vez pasada, pues la planta había prosperado y siendo ahora la estación propicia se hallaba llena de ellos. Debajo venía una caja pequeña con su llave; abierta, se encontró adentro una cantidad de billetes de Banco, que pusieron á aquel matrimonio en mejores condiciones é hicieron sonreír la felicidad sobre aquella pobre y destartalada casa.

OGARITA



OGARITA



TRAGEDIA PAMPA



I

AYER Y HOY

Era el tiempo en que la Pampa no era lo que es hoy; aún no había sido trillada por los ferro-carriles, ni estaba medida y dividida como un tablero de ajedrez. Entonces era una región inmensa y misteriosa, cuyo solo nombre infundía pavor, y los pocos que la habían atravesado eran considerados como héroes. Verdad es que esta travesía estaba rodeada de mil peligros; los indios salvajes la recorrían en todas direcciones, libres y altivos como señores de la tierra; los tigres y otros animales feroces acechaban su presa entre los espesos pajonales: y cuando cesaban estos

peligros, todavía la falta de agua, el cansancio y la inmensidad se presentaban amenazantes.

Del seno de aquellas soledades desconocidas se lanzaban con frecuencia, rápidas y terribles como el huracán, las hordas de los indios y cayendo sobre las tierras ocupadas por los cristianos, arrasaban las poblaciones indefensas, robando los ganados y llevándose á sus dueños cautivos. Cuántas tragedias, cuántas escenas de horror no han presenciado los campos que hoy vemos tranquilos y florecientes, donde la civilización vierte á manos llenas sus beneficios; con nuevos pueblos que se levantan, vías férreas que disminuyen las distancias y que llevan por todas partes la riqueza y los productos de la industria que hacen fácil la vida! Solo queda ya la memoria de tan funestos sucesos y la palabra con que han sido designados: *Las invasiones!* Antes ellas hacían huir el sueño de los pacíficos habitantes de los campos; ahora ellos pueden dormir seguros que no serán más perturbados. Los indios, estos adversarios natos del hombre civilizado, han dejado hace tiempo de ser terribles; de soberbios y altaneros que eran artes, han venido á ser humildes y viles como esclavos, han depuesto su crueldad y se han tornado mansos como ovejas é imploran la clemencia de sus vencedores,

considerándose felices en poder servirlos. La fuerza de las armas ha domado esta raza que parecía indomable; verdad es que á costa de su casi total exterminio y conculcando muchas veces las leyes de la humanidad. No nos toca juzgar estos hechos; nos limitamos á describir la diferencia entre unos y otros tiempos.

En la época que decimos eran los indios libres y se gobernaban por sus costumbres y sus leyes; sus jefes ó caciques principales eran una especie de reyes con autoridad absoluta, y algunos de ellos han dejado un nombre famoso ya por sus vastos dominios, ya por su valor é inteligencia, ya tambien por su ferocidad y rapiñas. Ellos pactaban muchas veces con los gobiernos y hacian alianza; pero su amistad exigía tanta prudencia y recelos como su misma enemistad. Con el mas fútil pretexto, hallándose fuertes, quebrantaban los pactos y promesas de toda clase; verdad es que los cristianos no les han ido en zaga en este punto, dándoles muchas veces el ejemplo de la falsía y traicion. Luego, sus negociantes introduciéndose hasta en el seno de las tribus, les han inculcadó vicios de que antes se hallaban exentos, y facilitado armas contra sus mismos hermanos. Uno de estos vicios era la embriaguez de la cual carecían por

no conocer las bebidas espirituosas, y la cual, habiéndose entregado á ella con furor, ha contribuido mucho á hacerlos mas bárbaros y feroces. Acaso si se hubiera procedido de otro modo con ellos desde el principio, no hubiese habido despues necesidad de destruir toda una raza, para someterla; pero la moral evangélica ha tenido que huir de los desiertos del Plata sofocada por las intrigas y los vicios de los malos cristianos y por el furor de las guerras que aquellos encendían. Las misiones han sido siempre infructuosas debido á estas causas, mas que el carácter salvaje de los pampas.

En efecto, ellos, á pesar de sus guerras, han practicado la agricultura y conocido algunas artes rudimentarias, como la platería y los tejidos que han fabricado sus mujeres con bastante habilidad, tiñendo las lanas con tintes naturales é indelebles. Sus costumbres no han sido tan bárbaras como las de otros pueblos que han pasado por mas civilizados; finalmente, su culto no ha estado tan lejano de la verdad como el de otras naciones, pues han desconocido la idolatría, no reconociendo mas poder que el del sumo Espiritu y el de los espíritus malos contrarios á él, como nos lo explican las personas que los han tratado y conocen á fondo sus costumbres. Ellos

son naturalmente inteligentes y su lengua bastante expresiva; sus nombres de personas ó parajes todos tienen algun significado adecuado; y traídos á la vida civilizada aprenden con facilidad y perfeccion todo cuanto se les enseña. Disposiciones felices para la vida cristiana, que el génio del mal parece haberse complacido en destruir desde el principio, así como las heladas matan en la primavera muchas veces en gérmen los mas preciosos frutos!

II .

EL CACIQUE Y SU MUJER

En las cercanías de la gran laguna, ú hoya pampeana denominada Salinas Grandes, cuyas aguas á semejanza de las del mar Caspio, hallándose sin salida se volatilizan bajo los ardientes rayos del sol, ó se cristalizan en forma de montones de blanca sal en sus orillas, siempre desde muy antiguo han existido numerosas tribus ó poblaciones de indios. Atraídos allí por el comercio de la sal y por la abundancia de agua y de pastos, ellos han plantado en aquel paraje con preferencia sus toldos, especie de tiendas de campaña fabricadas con cueros de vaca ó de caballo secos y extendidos.

sobre grandes palos ó estacas de madera, y unidos entre sí por medio de correas de la misma piel. Allí pasaban los años de su existencia, repartiéndolos entre la agricultura y el cuidado de sus rebaños y entre sus asaltos y robos á los cristianos.

De una de estas tribus era jefe el poderoso cacique Pihuén, á cuya voz y mando obedecían como cinco mil indios de lanza. Él era un indio alto y grueso, pero bien formado; de facciones marcadas y pequeños ojos negros llenos de fuego é inteligencia; de color cobrizo y atezado, largos cabellos, gruesos y lácios, cayendo sobre las espaldas y retenidos en contorno de su cabeza por una *vinchá* ó liga de lana colorada. Su traje lo componían dos vistosas mantas, una para las espaldas á manera de *poncho* ó capa, y la otra para cubrir el resto del cuerpo; en sus piés solía calzar las conocidas botas de cuero de potro, tan usadas antiguamente de los paisanos. Él era obedecido y respetado de los indios y muy temido de los cristianos por su valor en las guerras, sus hazañas é invasiones. Así pues, era rico; poseía cantidad de vacas, ovejas y hermosos caballos, domados por él mismo; además, á estilo de muchos otros caciques, en un rancho contiguo á su toldo trabajaba la plata, contando numerosas prendas de ella. Su toldo era grande y bien fabricado

y en su interior se hallaban bellas mantas de lana, pieles de guanaco y de tigre, plumas de avestruz, vajijas de barro y de hierro y otras cosas necesarias para la vida, y muy escasas y apreciadas entre los indios.

El cacique Pihuén, contra la costumbre general de estos, estaba casado con una sola mujer hacía varios años. Era ella una india llamada Guemené; de alta estatura y altivo continente, no podía llamarse hermosa, pero su aspecto imponía y salía de la vulgaridad. Había en sus rasgos genuinamente indios, en sus ojos pequeños y tirados hácia atrás, en su nariz curva y su boca delgada, algo que la distinguía de las otras mujeres de su raza. Escusado es decir que la belleza no se puede hallar entre estas, pues los rasgos duros y chatos de su tipo casi no se prestan á ella.

Era, pues, Guemené una mujer notable por su aspecto físico; á esto se añadía su vestido que era mas rico y adornado que lo general: cubierta con dos mantas negras, una á manera de túnica en el cuerpo y la otra á manera de manto sobre las espaldas, ellas marcaban su poderosa musculatura, dejando un brazo y parte del pecho descubiertos, como acostumbra las indias. Sus cabellos colgaban por los hombros en dos largas trenzas, negros y relucientes; y en su pe-

cho, sus orejas y sus brazos se veían collares y pendientes, alfileres y brazaletes de plata, obra de su marido. Era esta una pareja feliz. Casados hacía varios años, vivían sumamente unidos y dos hijos estrechaban mas estos lazos. Guemené, además, en contra de la humilde posición de la mujer en la Pampa, ejercía un gran ascendiente sobre el corazón de su marido y era servida y respetada de todos como él. Verdad es que este influjo se debía á su carácter enérgico y altivo, el cual complacia sobremanera al cacique; y además, ella le había dado grandes pruebas de adhesión y fidelidad, acompañándolo muchas veces á caballo y combatiendo cerca de él en sus incursiones á tierra de los cristianos. Así, pues, vivían ricos y felices en su toledo, contento el uno del otro y profesándose un afecto á su manera salvaje, que se halla raras veces aun entre los hombres civilizados.

III

OGARITA

¿Quién pone su confianza en el corazón del hombre?
¿Quién puede contar con él con seguridad? Él es como la caña que doblan los vientos, ó como la arena del

desierto que no tiene estabilidad y es llevada de un lugar á otro.

Había en la toldería una india jóven, como de 20 años, por nombre Ogarita. Hija de un capitanejo de la tribu, ó cacique de segundo orden; ya de mucha edad, no se conocía su madre; las indias viejas la recordaban solamente y decían haber sido una cristiana. Así parecía denotarlo su nombre de origen mixto sin duda, y su fisonomía probaba una vez mas la mezcla de las dos razas.

Ella era de tez mas clara que lo que son las mujeres indias; tenía los ojos mas grandes, de color pardo y muy expresivos; sus facciones eran pequeñas y delicadas. En una palabra, su semblante era sumamente gracioso; sus cabellos eran finos y algo ondeados, cayéndole mas abajo de las espaldas. Su talle era mediano y delgado y había en sus movimientos una natural elegancia que contrastaba con la pesadez y torpeza de movimientos de las demás salvajes. Ella vestía con esmero, aunque no poseía muchos dijes para adornarse, de los cuales son en extremo aficionadas las indias; era muy diestra en el tejido de mantas y en la combinacion de los dibujos y colores, que habia aprendido desde niña. Además, su carácter era sumamente suave y apacible, siendo por esto muy

querida de todos. Con estas condiciones ella era entre las demás que la rodeaban, como una flor silvestre nacida en medio de los ásperos cardos y pajas de la Pampa; como una de aquellas blancas margaritas ú olorosas campanillas que se hallan á veces al borde de los arroyos que la cruzan, ó en medio de sus mas incultos parajes. Quizás por esto mismo no se había todavia casado, pues su padre no quería darla sino á alguno de los mas pudientes, que le ofreciese grandes regalos que le compensasen el privarse de su compañía.

Un dia que habia ido con las mujeres de su padre al campo á recoger la leña necesaria, quiso la casualidad que el cacique Pihuén reparase en ella y desde aquel instante quedó prendado completamente de su belleza. Su corazon no perteneció más á la altiva y enérgica Guemené, sinó á la suave y apacible Ogarrita; ¡extraños cambios del ánimo humano! Como las costumbres indias permiten al hombre casarse con varias mujeres, determinó desde entónces aumentar su familia y pedirla en matrimonio á su padre.

Participó su determinacion á su mujer, y ésta, aunque se le hizo sumamente dura y odiosa la propuesta, sin embargo, por no ir contra las costumbres de su raza y temiendo enagenarse del todo á su ma-

rído, se resolvió á disimular y pasar aquel amargo trago; así, pues, no tuvo para él sinó palabras de conformidad. Quizás se lisonjeaba, ya que no le quedaba otro camino, con ser siempre la primera, la que se llevaría todas las preferencias y atenciones, la que tendría el mando y autoridad.

El cacique pasó á ver al anciano padre de Ogarita y le ofreció por ella grandes regalos en animales de sus rebaños y prendas de plata. Con estos preliminares, él, que no podía desear partido más ventajoso y que tentase más su codicia, la entregó en matrimonio al punto. Así, pues, Ogarita fué llevada al toldo del cacique Pihúen en calidad de su segunda mujer.

IV

CELOS Y RIVALIDADES

Los primeros tiempos fueron de expectativa; pero no tardó mucho la altanera Guemené en convencerse de que había perdido el primer puesto en el afecto de su marido. Entonces estalló en su pecho la furiosa tormenta de los celos. Los celos! Alguien ha dicho que ellos son *duros como el infierno*; y en realidad vuelven un infierno el corazón de aquel de quien se

apoderan, y convierten en un trasunto de él el hogar en donde reinan. Todo se vuelve sospechas, desconfianza, intranquilidad, recriminaciones, ofensas, amargura.

El toldo del cacique, de pacífico y feliz que era antes, se convirtió en mansion del descontento y en campo de guerra. Todas las atenciones, todas las preferencias del cacique por Ogarita eran otras tantas saetas envenenadas que iban á clavarse en el pecho de Guemené; ella, en cambio, le retornaba sus sufrimientos en enojos, injurias y ofensas continuas. Aquella era de carácter naturalmente suave, pero eran á veces tantos los denuestos y desafueros de su rival, que no pudiendo soportar mas, le hacia frente. Entonces ésta exasperada llegó hasta ponerle las manos y maltratarla. Un año había pasado de esta manera y Ogarita había dado á luz un hijo.

Entonces el cacique, haciéndose esta situacion intolerable, resolvió ponerle fin. Por un resto de consideracion hácia su primera mujer, determinó trasladar á Ogarita á otro toldo un poco distante y separar así á las dos mujeres, esperando cesase un tanto la guerra. Hubo en realidad una tregua por la separacion; pero de aquí mismo dimanó la causa que puso el sello á su mortal enemistad, hiriendo mas profun-

damente el corazón de la triste Guemené. El cacique casi la abandonó completamente, pasando sus días en el toldo de Ogarita; y aunque le guardaba siempre algunas atenciones, en el fondo ella hallaba una glacial indiferencia.

Irritada entonces hasta lo sumo, agitada día y noche por los celos, empezó á germinar en su corazón salvaje y cruel un terrible proyecto, que mas tarde puso en ejecución, pero que entonces apenas se dibujaba en su mente como á lo lejos, como la visión incierta de un sueño, traduciéndose en imprecaciones á su rival y malignos deseos. No hallaba aun los medios de ponerlos en práctica, pero á una mujer irritada y poderosa como ella, no pueden faltarle siempre.

Dejemos á la temible india entregada á sus furores é ideas de venganza, como una leona de la Pampa que acecha su presa y espera el tiempo de asaltarla, y detengamos nuestra vista sobre cuadros mas apacibles.

V

LA CAUTIVA MANUELA

Al trasladar á Ogarita á su nuevo toldo, habíale dado el cacique por criada para que la sirviese, á una cristiana cautiva llamada Manuela. Era esta una

mujer ya entrada en años y hacia como siete ú ocho que se hallaba cautiva. Natural de la campaña de Buenos Aires, habíase criado al lado de sus padres en el pueblo de Lujan, y aunque pobres estos habíanle dado una regular educacion y suficiente instruccion religiosa. Habiéndose casado, salió de allí con su marido, que era un jóven paisano trabajador, yendo á establecerse en una estancia donde pasaron varios años; de esta fueron á otra y así habían discurrido sucesivamente por varios establecimientos de campo, desempeñando él el cargo de puestero en unos, en otros de capataz: ella se ocupaba en los oficios propios de su sexo. Había tenido familia, pero todos sus hijos habían muerto en temprana edad. Finalmente, habiendo ido á establecerse en las cercanías del pueblo del Azul, en una invasion de los indios tuvo la doble desgracia de ver matar á su marido y caer en las manos de estos. Loca de terror é invocando los nombres de todos los santos en el camino, había sido llevada por los bárbaros hasta sus toldos. Allí, al repartirse el botin, fué entregada á uno de los pequeños caciques ó capitanejos. Como no era mujer jóven, no tuvo que sufrir la brutalidad de los indios, y dió gracias por esto muchas veces á la Providencia; pero un destino cruel la esperaba en el papel de sirvienta

que se le designó por sus amos. En este triste oficio tuvo que desempeñar penosos trabajos y sufrir los arranques del carácter salvaje de las indias, enemigas natas de la mujer cristiana. Estas genialidades se traducían muchas veces en golpes y malos tratamientos de toda clase. Pero esta sencilla mujer tenía un alma grande y elevada, y ayudada por sus creencias religiosas acabó por conformarse con su terrible situación y esperar resignada el día de su libertad. Como era hábil en todos los trabajos y de carácter manso, fué pasada de unos toldos á otros á cambio de prendas ó animales, y de mano en mano llegó á la casa del cacique Pihuén. Él creyó hacer un presente al entregarla á su mujer preferida y así lo fué en efecto.

Hemos dicho que Ogarita era de carácter suave y apacible y muy lejano de toda crueldad; así pues Manuela mejoró notablemente de situación. Siendo bien tratada por su ama, llegó á cobrarle cariño; y siendo esta muy jóven y dócil, y ella de bastante edad y experimentada, logró granjearse con ella cierta influencia y aun respeto. Quizás un secreto influjo de la sangre cristiana que llevaba Ogarita en sus venas, atrajo estas dos mujeres una hácia la otra y las hizo estimarse mutuamente!

Juntas pasaban los días y las noches; Manuela se empleaba en los trabajos de la casa y ayudaba á Ogarita en el cuidado de sus hijos, pues tenía ya dos. En estas largas horas de compañía, sus almas á veces se expandían y tenían conversaciones íntimas. Manuela contaba á su ama sus desgracias, le hablaba del país de los cristianos, le contaba sus usos, le describía los pueblos y la ciudad que había visto alguna vez; le hablaba de su religion y le daba algunas ideas sobre ella. Ogarita, cuya alma éra naturalmente buena y tenía bastante entendimiento, escuchaba maravillada todas estas cosas, y el resultado fué que ella insensiblemente se fué civilizando, hasta llegar casi á ser cristiana. Las indias notaban esta diferencia y la admiraban, pues siempre han deseado parecerse á las cristianas en el trato y los adornos, imitando, aunque ridículamente, sus modas y hasta tomando á veces sus nombres, á pesar de maltratar á las desgraciadas que llegaban á caer en sus manos. Un secreto instinto, parece, les descubría su inferioridad y las llevaba á perfeccionarse imitándolas.

Manuela, pues, y su ama se llevaban á maravilla y hasta llegó ésta á ofrecerle de pedir á su marido que la llevase á ver la tierra de los cristianos en tiempo de alguna paz que hiciesen con ellos y volver entonces

á Manuela á su familia. Esperando este gran dia, pasaban la vida uniforme y monótona de las Pampas, de esa inmensa llanura semejante al mar, donde la vista se pierde sin ver los límites. Donde se vé el sol desde que nace hasta que se pone, sin que ningun obstáculo impida seguir su carrera, sino las nubes cuando cubren el inmenso cielo con sus vastos celajes. Donde se observa el curso anual de los astros mejor que de la montaña mas alta ; en donde el campo no tiene mas accidentes que el diferente ropaje de las estaciones y donde no se oye mas bulla que el balido de los gánados que pacen en él, el canto de las aves que lo cruzan volando, ó el grito de los animales salvajes que se esconden en sus madrigueras.

Allí en su toldo despues de los quehaceres diarios, traer el agua y la leña, preparar la comida compuesta de carne asada ó cocida, lavar las ropas, se ocupaban en hilar la lana de las ovejas, teñirla de varios colores y tejer vistosas mantas de extraños y originales dibujos. Manuela habia llegado á adquirir en este arte gran habilidad y con él pasaba las horas y distraía sus acerbos pesares.

CONJURACION Ó EL ADIVINO

La orgullosa é irritada Guemené hilaba tambien la trama de su venganza ; había hallado por fin el hombre que necesitaba.

Habitaba en las orillas de aquellas tolderias y un poco alejado de ellas, en un miserable y pequeño toldo, un indio viejo, muy viejo, por sobrenombre Tapallu, ó Zapallo. Él era tenido por unos por sabio y médico, por otros como brujo y maléfico. Él era pequeño y delgado y su edad indefinible ; él se ocupaba de recoger plantas medicinales, para lo cual hacía á veces largos viajes y preparaba despues sus remedios. Había sin duda reunido mucha plata, pues era muy buscado para curar distintas enfermedades y se hacía pagar en prendas de ella sus medicinas. Pero siendo de una avaricia insaciable, escondía toda aquella plata no se sabía donde ; se creía que la enterraba en un paraje ignorado. Entretanto vivía en la mayor pobreza y de la manera mas miserable. A él se dirigió la vengativa india.

Era una noche oscura y fría del invierno, en la cual no se oía sinó los chillidos de las lechuzas en el campo

y los lúgubres ahullidos de los zorros; los indios todos dormían. Entonces Guemené dejando su toldo, muy encubierta con una larga manta, fué á buscarle sola y llegando á la mezquina morada le llamó desde afuera. Habiéndola hecho entrar el adivino y sentándose en un grueso tronco de árbol, dijo ella así:

—¿Me conoces, Tapallu?

—Sí; sois la mujer del cacique. ¿Qué quereis aquí?

—Tapallu, vengo á buscaros para que me deís un remedio.

—¿Estais enferma?

—No; pero triste y afligida, pues me han robado el corazon del cacique.

—¿Y quién ha hecho esto?

—La india cristiana Ogarita con quien se ha casado. Ella le ha hecho daño para que me aborrezca; ahora soy para él como una extraña.

—¿Y quieres remedio para ella? dijo Tapallu, sonriendo maliciosamente.

—Para ella no, contestó Guemené, tengo miedo que digan que yo le he echado *Gualichu*; dame mas bien para el cacique y dirémos que ella se lo ha echado.

Tapallu la miró comprendiendo y le dijo: Tengo, sí; tengo remedio para lo que quieres, pero vale mucha plata.

Guemené sacó una pequeña bolsa de cuero llena de piezas de plata, pendientes, prendedores, alfileres; se la mostró y le dijo: 'Ahí tienes; ¿es bastante?

Los ojos del indio brillaron de codicia y dijo: Sí, sí; te daré el remedio.

—Pues toma la plata, dijo Guemené, es para tí toda.

Tapallu se levantó, fué y buscó en un gran saco ó bolsa de lana tejida, que tenía colgado en uno de los postes del toldo, y sacó un manojito de yerbas secas, se lo entregó á Guemené y le dijo:

—Toma estas yerbas, cuécelas en una olla; dá de beber al cacique. El se enfermará, pero no morirá. Me llamas á mí para curarlo y diremos que la otra le ha echado Gualichu y ella morirá en castigo. Y diciendo esto reía de una manera cruel y feroz.

Guemené le dijo: Bien, Tapallu; yo te daré todavía mas prendas de plata y otras cosas que quieras: no digas á nadie que he venido aquí:

Y cubriéndose con su manta salió caminando ligeramente; llegó dentro de poco á su toldo, guardó las yerbas y se durmió satisfecha.

VII

EL GUALICHU Ó SACRIFICIO DE OGARITA

Al otro día por la mañana coció las yerbas dadas por Tapallu, dejó enfriar el agua y poniéndola en una vasija aparte, esperó ocasion para dársela á beber al cacique. Esta no tardó en presentársele, pues habiendo venido por casualidad á su toldo, pidió algo de beber y ella se la dió mezclada con un poco de aguardiente, á que son muy aficionados los indios y entonces era sumamente escaso. Algunas horas despues, el cacique se sintió enfermo con una gran calentura y postracion. Guemené lo supo y llevándolo á su toldo lo hizo acostar sobre unas pieles de guanaco y lo cubrió con una manta. Hizo en seguida venir al adivino Tapallu para asistirlo, como estaban convenidos, y éste, examinándolo atentamente, dijo: que el cacique estaba enfermo porque le habian echado Gualichu. El *Gualichu*, entre los indios, es como un espiritu malo ó duende, al cual atribuyen todas las desgracias y enfermedades. Ellos creen que hay personas que tienen poder para echarlo á otras, y que por esto se enferman ó se mueren. Así cuando se descubre uno de estos casos, la persona que se supone ha echado

el Gualichu, es muerta sin remedio como criminal y sentenciada á veces al fuego. Generalmente los que de esta manera perecen, son completamente inocentes como es de suponerse. Esto es lo que pasó en este caso.

Una vez comprobado por el médico que el cacique tenía gualichu y que por esto se había enfermado, se trató de averiguar quien se lo habría echado, para hacer un ejemplar castigo y que él sanase. Se le preguntaron en vano los nombres de mil personas delante de los otros caciques inferiores y á nada dió respuesta. Como él estaba con delirio, el adivino conociéndolo resolvió aprovechar esta circunstancia; nombróle á Ogarita y al instante, despertando sin duda en su pecho un grato recuerdo, él empezó á repetir su nombre. No hubo mas que hacer; quedó constatado entre todos que Ogarita le había echado el gualichu. Y cómo no? Si ella no era india como las demás, sino hija de una perra cristiana! Ella debía ser muerta sin remedio, debía ser quemada ese mismo dia para que viviese el cacique. Así lo determinaron los principales indios influenciados por Guemené y el adivino. Quedó, pues, decretado el sacrificio de la infeliz Ogarita.

La cautiva Manuela, como advertida que era, había

espiado desde el principio todos estos movimientos desde que el cacique enfermó, y dándose cuenta de lo que iba á suceder, corrió desalada á prevenir á Ogarita. Hallóla dando de mamar á su segundo hijo. Como Manuela venía con el semblante demudado y agitada, esta se sorprendió y le preguntó con viveza:

—¿Qué tienes, Manuela? ¿qué mal te ha pasado?

—Ogarita, exclamó ésta, una desgracia terrible nos amenaza; aprovechemos el tiempo! Dicen que le has echado gualichu al cacique, que por esto está enfermo y quieren matarte!

Aquella dió un grito de terror, pues conocía las costumbres de los indios; despues dijo con una afliccion extrema: No; yo no le he echado gualichu; estoy inocente!

—Lo sé, hija, repuso Manuela, lo sé; pero el adivino lo asegura y te matarán sin remedio.

—¿Y qué debo hacer, Manuela, para librarme?

—Ogarita, oye mis palabras hoy, escucha mi voz; salva tu alma, hazte cristiana.

—¿Y cómo, Manuela? ¿quién me puede hacer cristiana?

—Yo, hija, yo; en este caso puedo darte el bautismo. ¿Quieres recibirlo? Ven!... y haciéndola levantar le dijo así:

—Ogarita, crees en el grande Espiritu, Señor del cielo, que ha hecho todas las cosas?

—Sí creo, contestó aquella.

—¿Crees que él es el dueño de la vida y de la muerte, que premia á los buenos y castiga á los malos en el otro mundo, adonde van las almas?

—Sí creo, sí.

—¿Crees que él nos ha mandado á su hijo Jesucristo para salvarnos; que él murió por nosotros en la cruz y nos enseñó la ley cristiana?

—Sí, Manuela, todo esto creo.

Entonces Manuela derramó un poco de agua sobre su cabeza por medio de un pequeño cuerno que hacia el oficio de vaso, y pronunció las sagradas y arcanas palabras del bautismo cristiano invocando sobre aquella pobre mujer á la divina Trinidad.

Apenas habia ejecutado este acto, cuando se oyeron gritos feroces y un tropel de indios en contorno del toldo. Ellos entrando con ímpetu se lanzaron sobre la infeliz Ogarita y atándola con lazos la llevaron casi arrastrando y dando dolorosos gemidos hácia el lugar del suplicio; apenas tuvo tiempo de recomendar á Manuela sus pequeños hijos.

En un descampado, hácia afuera de las tolderías, debia ser la ejecucion; allí condujeron á Ogarita y.

la estaquearon primero, esto es, la ataron de manos y piés á cuatro estacas de madera, estendida, boca arriba, contra el suelo. Despues acercando leña y estiércol de vacas seco en contorno de ella, dándole fuego, formaron una grande hoguera. En breve se levantaron grandes llamaradas rojizas y nubes de humo, que envolviendo el cuerpo de la víctima la sofocaron y se cebaron en ella por largo tiempo. Entre tanto los indios daban vueltas en contorno, gesticulando y dando fuertes alaridos para espantar el gualichu ó mal espíritu y hacerlo huir bien lejos.

En seguida, abriendo una fosa, enterraron su cuerpo medio carbonizado á alguna distancia de allí. Á los pocos dias apareció plantada sobre el sitio una cruz formada con dos toscos palos, obra, sin duda, de la piadosa Manuela. Los indios miraron aquel lugar con supersticioso terror; por las noches, decian, se veia andar por él una mujer vestida de blanco y por nada ninguno habria querido llegar hasta allí. Cuando tenian necesidad de pasar por cerca de él, trataban de evitarlo alejando rápidamente su caballo.

El cacique Pihuén curó de su mal, por lo cual todos tuvieron por bien muerta á aquella mujer.

CONCLUSION

La cautiva Manuela quedó hecha cargo de los hijos de la inteliz Ogarita y los crió y cuidó hasta que pudieron valerse por sí mismos. Ella acabó su vida en la Pampa; la Providencia que la probaba tan terriblemente, permitió que fuese olvidada de todos, no habiendo quien se acordase de rescatarla. Pero creemos que aquel Dios que es todo bondad y misericordia habrá recibido su alma en paz y dulcificado sus últimos instantes en premio de sus buenas obras y por haber llevado con tanta resignacion su tremendo infortunio.

No disfrutó la vengativa Guemené por mucho tiempo de su triunfo; una vez pasada la primera exaltacion de sus pasiones, cayó en un extraño abatimiento, siendo acometida de insomnios y visiones nocturnas; ellas le produjeron una profunda melancolía que, minando su salud, acabó en breve con su existencia, bajando aun jóven al sepulcro.

En cuanto al cacique Pihuén, él olvidó pronto todos estos sucesos y á sus dos mujeres. Las impresiones de los hombres pasan rápidamente.

Él se casó con otras mujeres y tuvo otros hijos y llegando á una vejez extrema, casi centenaria, presenció la conquista del desierto, y siendo tomado junto con su familia por las tropas argentinas, pudieron alcanzar los beneficios de la civilizacion y ser cristianizados.

.

•



EL ESCARABAJO

EL ESCARABAJO



BOCETO REALISTA

I

Eduardo del Espinar es un joven que recién concluye su carrera de abogado y entra bajo una agradable perspectiva en la arena forense.

Como estudiante, ha dejado bien sentado su nombre en las aulas por su talento y contracción al estudio, y al empezar su nueva profesión cuenta con numerosas simpatías y la protección de otros letrados más antiguos y acreditados y de valiosas relaciones. Así pues, él está en camino de hacer fortuna y la hará, pues posee cualidades para ello y es hombre decidido. Ya hace muchos siglos que el poeta dijo:

« A los audaces la fortuna ayuda ».

Bajo el aspecto físico él es un joven elegante, lo que llamamos un *dandy*. No es alto, ni muy bien formado; su cabeza es talvez demasiado grande, sus piés muestran un sólido cimiento y sus piernas son delgadas, pero en fin, él posee la elegancia, *el chic* que tanto se aprecia y que valen por muchas cosas y que á su vez son irremplazables. Su traje es siempre del mejor corte é irreprochable, como que sale de los talleres de los mas famosos sastres. El los tiene de todas clases y para todas ocasiones, con su complemento de sombreros y guantes, corbatas y bastones, todo del gusto mas refinado y exquisito. Así, pues, su persona es agradable y simpática y se cita como modelo en las calles y en los salones, en los paseos ó en los teatros. Hasta el perfume en que embebe sus pañuelos y trasciende á cierta distancia en torno suyo, es de lo mas distinguido y variado segun la última moda parisiense ó inglesa, opoponax, trébol, meláti, etc. Sus maneras dan el último toque, por decirlo así, á tan elegante caballero.

No sabemos como componer con este precedente lo que vamos á decir; él, al conocimiento de las leyes reune el gusto literario y aún ha hecho sus ensayos en diferentes clases de escritos, poesías, novelas, etc.,

que han sido publicadas con aplauso en diarios y folletos. Pero pertenece (quién lo diría!) al género realista! A esta escuela que está tan en voga hoy día y que reconoce por su pontífice y cabeza visible al mas conocido que la ruda, Emile Zola, cuyas producciones se ha dado en decir que son profundos estudios sociales. No harémos un juicio sobre él; no es este el lugar. Solo dirémos que en nuestro humilde parecer, en cuanto á las materias que trata, parece buscarlas entre las pocilgas ó estercoleros; y en cuanto al modo de tratarlas su estilo está confeccionado con una buena dosis del jugo de las adormideras.

Dejémoslo á un lado y vamos á su discípulo que es el que nos interesa. El jóven Eduardo del Espinar pertenecé á la escuela realista y la sigue con decision y entusiasmo; sus producciones son notables muestras de este género. ¿Qué tiene que ver esto con el opoponax, el meláti ó el trébol? *Santiago el chanchero, La familia del herrero, Los atorrantes, Las bailarinas de á peso pieza*; hé aquí los títulos de algunas de sus obras; hacemos gracia de los demás á nuestros lectores.

Pero ellos convendrán con nosotros que no esperaban tal avalancha de parte de un partidario del

high-life, de un concurrente asiduo á los recibos y soirées mas distinguidos, de un miembro en fin de la juventud dorada que revoletea en torno de las bellezas, como las mariposas en torno de las flores. Verdad es que hay un refran que dice que debajo de una mala capa puede haber un buen bebedor, y que las apariencias de las personas engañan. Y que muchas veces esta juventud dorada se asemeja á ciertos lagos, cuya superficie cristalina parece reflejar el azulado cielo y en su fondo guardan el mas corrompido cieno, de donde se exhalan miasmas deletéreos.

Sea lo que fuere, hacemos constar esta anomalía ó aparente contradiccion en nuestro personaje; el tendrá sus razones para explicarla, y nuestros lectores podrán formar el juicio que les parezca. Sigamos el hilo de esta narracion.

II

Eduardo, como todo jóven de su edad, ama ó cree amar. Él dirige sus atenciones á una bella señorita llamada Celina Belmonte, en casa de cuyos padres hace algun tiempo ha sido presentado por un amigo.

Celina es una jóven de 19 años, blanca, de rubios cabellos, ojos celestes y trasparentes; de espiritual

fisonomía, talle delgado y esbelto. Sus inclinaciones acompañan á este exterior; su alma es poética y delicada y predispuesta á las tiernas sensaciones. Ella ha sido educada con esmero y posee suaves maneras y agradable trato; su vestido y adornos revelan la distincion y el buen gusto. Verdad es que el saber vestir bien no es raro en nuestro país y parece á veces como una intuicion natural en personas que, por otra parte, carecen de buena educacion y de ciertas nociones que contribuyen á formar el buen gusto moral y materialmente. A esto ayudan tambien las excelentes modistas ó sastres con que contamos. De manera que con frecuencia se realiza el proverbio, *de que el hábito no hace al monje*, y así vemos todos los dias muchas personas cuyo fondo lo constituye una suma vulgaridad, vestidas con una distincion y elegancia que prometen por cierto otros sujetos.

Si algun defecto podía ponerse á Celina, era el ser demasiado aficionada á leer novelas imaginarias y románticas, tener poca instruccion religiosa y ser algo indolente. Es cierto que en estos dos últimos puntos, mas era culpa de sus padres que suya propia. Pues eran personas, no irreligiosas, pero completamente mundanas y descuidadas en esta materia. Así misia Edelmira, la mamá de Celina, la había hecho hacer

su primera comunión en el colegio griego, después había puesto en sus manos un bonito devocionario para ir á Misa de una los Domingos y había dado por completa su tarea. En cuanto á la indolencia, dirémos en su disculpa que es mal general en las jóvenes de este país, y que, además, siendo sus padres ricos, no necesitaba absolutamente ocuparse en ningun trabajo, sino es por distraccion.

Estos defectos casi inculpables los compensaba Celine con muchas excelentes cualidades. Era sumamente bondadosa con todos, afable y caritativa con los pobres, consecuente con sus amigas é incapaz de ninguna mala acción. Aunque gustaba de ataviarse no era coqueta, ni lijera; era mas bien modesta en sus trajes. Su natural parecía llevarla por sí á todas las cosas buenas y nobles, y así aunque en la religion no había sido instruida á fondo, sino muy superficialmente, su alma se sentía atraída hácia ella y sus puros principios la hallaban afecta sin conocerlos bien. Gozaba en la Iglesia dulces sensaciones con el son del órgano y las ceremonias sagradas, y en su casa muchas veces sus manos se juntaban en piadosa plegaria. Tal era la joven á quien amaba Eduardo del Espinar.

¿Le amaba ella tambien? ¿hallaba eco en su alma el afecto de éste? Es cosa que no podemos decir; solo si

podemos avanzar que misia Edelmira estaba encantada de él y que muchas veces había insinuado á su hija que lo consideraba un buen partido. El señor Belmonte, papá de Celina, no disienta de la opinion de su cara mitad. Pues él seguía el refran que dice, *de la mujer el consejo*, y así dentro de su casa dejaba á misia Edelmira plenos poderes, donde ella gobernaba como una reina; él se reservaba los negocios y las atenciones exteriores. Es cierto que Eduardo no poseía gran fortuna, y esto se le ocurría algunas veces; pero, como decía su esposa, ¿no poseía él talento, instruccion y otras cualidades que le prometían una carrera brillante, que le abrirían el camino de un porvenir lisonjero? El haría, sin duda, fortuna con el tiempo y entretanto ellos eran suficientemente ricos y podían darse el lujo de un yerno pobre, con tal de casar bien á su hija. Además, Eduardo pertenecía á una de las familias mas distinguidas y el buen nombre vale mucho, sobre todo para las mujeres que han de llevar el de sus maridos, dejando el propio. Estas razones procedentes mas bien del ingenio de misia Edelmira, tranquilizaban al bueno del señor Belmonte y lo dejaban plenamente satisfecho. Entrambos consortes gozaban sobremanera al ver la asiduidad y la pasion que demostraba Eduardo hácia su hija mayor, de las cuatro que tenían y dos varones.

A su lado nadie habría creído hallar un sectario de la escuela realista; con ella trocaba la ruda materialidad de sus escritos en suaves y melífluas palabras, y delicadas atenciones; como vestía con tanta elegancia y sus maneras eran tan distinguidas, él no dejaba de hacer impresion en el ánimo de Celina, y aunque no sentía por él lo que se llama pasión, en realidad le era agradable su trato y aceptaba sus homenajes. Así pasaron las cosas algún tiempo; él mostrándose cada vez mas asiduo, ella recibiéndole con agrado y sin saber si le amaba. Un inesperado incidente vino á hacer un poco de luz sobre el asunto y estuvo á punto de destruir los lisonjeros proyectos de misia Edelmira.

III

Era Celina, como hemos dicho, sumamente aficionada á la lectura de novelas, aunque su buen instinto natural la llevaba siempre á complacerse en aquellas en que se aprecian los delicados sentimientos. Un dia, leyendo acaso un diario, vió anunciada con elogios la publicacion de una novela de costumbres escrita por Eduardo, bajo el título de *Los Misterios de Buenos Aires*. Entróle la curiosidad de conocerla, quizás pro-

metiéndose hallar en ella una mina de diamantes, según el talento y nobles cualidades que oía ponderar de su festejante. Envió pues por ella á librería de Lafouane, centro de todas las novedades, á su sirvienta y esta se la trajo bien pronto, encuadernada con esmero y con retrato del autor por el precio de un nacional y medio.

Empezó á leerla con avidez, pero diremos en honor suyo, que desde los primeros renglones se halló chocada su delicadeza y frustradas sus esperanzas. La más baja vulgaridad, la más cínica desmoralización, una repugnante grosería se mostraban sin embozo á cada paso y alardeaban en toda la obra. Escusado es decir que el argumento era elegido, no como aquella perla que halló el pollo en medio de un basurero, sino como una inmundicia preferida á las perlas y piedras preciosas. Él retrataba las costumbres, no de los habitantes malos ó buenos de esta capital, sino de cierta gente de la hampa, producto extraño, introducido de Europa. No podía darse cuenta la triste Celinia, cómo de una persona tan elegante, tan esmerada, podía proceder aquél manantial de fetidez. Tentada estuvo de arrojar el libro.

Estando en estos pensamientos entró á visitarla á su cuarto una tía, hermana de misia Edelmira. Era esta

una señora soltera, pero de mucha mas edad que ella y llamábase misia Ceferina. Pasaba por extravagante, pero en realidad poseía mucho mejor criterio y era mas instruida que su hermana. Apartada por su edad del mundo y de las diversiones, estaba sin embargo bastante en él, pues recibía muchas visitas y solía leer los periódicos y podía formarse una idea suficiente de los acontecimientos y las personas del día. Ella además frecuentaba la Iglesia y estaba al cabo de muchas verdades que su hermana, engolfada totalmente en el mundo, ignoraba. Ella profesaba tambien especial cariño á Celina, pues conocia su carácter y gustaba de sus nobles y delicados sentimientos. Viéndola con un libro, al entrar dijole así:

—Siempre leyendo, muchacha! vas á volverte literata ó romántica. Apuesto á que es alguna novela lo que lees. . . .

—Sí, tia, novela es; pero la reviso solamente, no me agrada.

—¿Cómo se llama? ¿A ver el título? . . .

Dióle Celina el libro y la señora leyó: *Los Misterios de Buenos Aires*. Pero, hija, exclamó en seguida, sino puede ser un libro peor! He leído en los diarios su argumento y el juicio que forman no es nada favorable á su moralidad.

Celina se sonrojó un poco y para explicar su conducta dijo: Como es escrito por este jóven Eduardo que viene á casa, tenía curiosidad de leerlo. . .

La señora sin atender esta explicacion prosiguió: ¡Qué tiempos estos! ¡qué libros los que andan en manos de las muchachas! ¡qué diferencia de cuando yo era jóven! Entónces las obras que leían las señoritas eran escogidas; se llamaban *Pablo y Virginia*, *Matilde ó las Cruzadas*, *Las veladas de la Quinta*, *Corina* por Mda. de Stael, las poesías de Zorrilla ó Lamartine. Pero ahora la corrupcion ha invadido todo y no respeta ya lo que todos debían respetar, la delicadeza de las niñas, poniendo bajo sus ojos los espectáculos mas repugnantes. Es verdad que las madres se descuidan tanto! Mi hermana Edelmira no debía dejar entrar en su casa semejantes libros, ni á sus autores. Ahora me alegro de no haberme casado; es mucha la responsabilidad que se tiene con los hijos!

Todas estas reflexiones hizo la señora en alta voz, con una extraña velocidad y sin tomar aliento. Al concluir las calló por algun espacio y continuó la conversacion:

—¿Con qué ese jóven viene á menudo á esta casa? Sin duda, Celina, será por tí?

—Viene, es cierto; pero qué necesidad de que sea

por mí! ¿No pueden visitar los jóvenes en las casas de familia, sino siendo precisamente por asuntos de casamiento? ¿Cuándo Vd. era joven, tía, no ha conocido y tratado muchos mozos, y sin embargo no está aún soltera? Lo mismo puede pasar conmigo. . . .

Esta observacion agradó á la tía y apaciguó su mal humor; así continuó:

—Bien dices, Celina; pero antes los mozos eran de otro modo. Eran mas caballeros que ahora; tan cumplidos, tan respetuosos con las señoras! No eran impios, ni irreligiosos.

—Y sin embargo Vd. no se quedó con ninguno, á pesar de sus méritos!

Esta reflexion hizo reir mucho á misia Ceferina, que le dijo:

—Muchacha, tú tienes buena cabeza, mejor que la de tu madre. Siempre ha sido ella medio vacía y sin fundamento, á pesar de sus aires y de su parola. Pero te advierto que tengas cuidado con ese mozo; ese libro dá muy mala muestra de sus principios é inclinaciones. No quisiera por nada verte casada con él.

Celina calló; despidióse la tía con cariño y se fué; la sobrina quedó reflexionando sobre sus palabras. Tan embebida estaba en sus pensamientos que no advirtió que habia sido observada por su madre, la

cual, temiendo siempre de misia Ceferina, habia tenido gran cuidado de ocultarle aquel festejo. No fuera, decía ella, que con su imprudencia viniese á mezclarse en un asunto tan importante é hiciese perder á su hija un enlace tan conveniente! La buena señora no veía felicidad fuera del matrimonio y se desvivía, como muchas madres, por casar pronto á su hija. Es verdad que á mas de ella, todavía le quedaban tres, y podían convertirse algun dia en los tres ó cuatro clavos de su pasion, pues tal sería para ella ver sus hijas quedarse para vestir santos, á pesar de tener cuantiosos bienes de fortuna.

IV

Entre la madre y la hija se entabló el siguiente diálogo:

—Apuesto á que esa majadera de mi hermana te ha llenado la cabeza de ideas tontas y reflexiones impertinentes! Como se está poniendo vieja, cada dia tambien se pone de mas mal humor; todo lo halla malo, todo lo critica. Creo que si le trajesen al mismo Dios le habia de poner defectos! ¿Te ha dicho algo de Eduardo?

—Sí; me ha dicho que aunque no lo conocia, no

le agradaba, que ese libro le daba muy mala idea respecto de él. Que no debíamos admitirlo en casa.

—La tonta, dijo misia Edelmira con enfado, no sabe lo que se pesca! Como en su casa no tiene que hacer, viene á meterse en casas ajenas para revolverlo todo y embarullarlo. ¿Qué sabe ella de libros y de autores? Personas de mas capacidad que ella lo alaban y lo aprueban. Dicen que á primera vista puede chocar y desagradar á las personas inexpertas; pero hay que hacerse cargo que es un estudio social. Hay muchas verdades en ese libro; cómo no! si tiene tanto talento Eduardo! Las mujeres de este país, como somos poco instruidas, no alcanzamos su objeto; no podemos todavía comprenderlo.

—Será esto, mamá, dijo Celina; pero á mí tampoco me agrada el libro. Si no lo conociera y me hablara él de otro modo, lo juzgaría talvez desfavorablemente.

—Has dicho muy bien, hija; sabes mas que yo. Si no lo conocieras y no lo hubieras tratado... Pero como lo conoces y sabes que persona es, cuán fino, cuán atento, cuán simpático, no puedes formar un mal juicio respecto de él. Sería una injusticia. Guarda ese libro; talvez él te pueda dar muchas explicaciones, cuando venga. No debemos ser precipitados en juzgar de nadie.

Celina tenía todavía sus dudas, pero no se atrevió á contrariar y desagradar á su madre, y así le prometió que haría lo que decía. Misia Edelmira, mas tranquila ya, para terminar su conferencia lanzó, como el último venablo de su aljaba, este consejo á su hija:

—Celina, sé razonable, ya no eres una niña y debes pensar en el porvenir. Oye á mi hermana como quien oye llover, y evita hablar con ella de estos asuntos. No los entiende absolutamente, y te podría dirigir muy mal.

Dicho esto la buena señora fué á disponer las cosas necesarias para la comida, pues tenían invitados, y á dar una mano á su toilette. Celina hizo otro tanto, pero todo ese día estuvo taciturna y distraida; las nubes de su espíritu no se disipaban.

Misia Edelmira no estaba satisfecha, pues las madres no se engañan así no mas respecto de sus hijos. Ella observaba á su hija y estaba inquieta por el giro que podían tomar las cosas. Su bello ideal era casarla con el jóven abogado y tenía este designio como clavado entre ceja y ceja y no era mujer de volver atrás en sus resoluciones. Así puso en juego todas sus baterías, no perdonando medio alguno para lograr su objeto. Elogios continuos del candidato, pre-

venciones delicadas, mimos, reflexiones agridulces á su hija, interesar al papá en el asunto á pesar de su apatía; no cesaba la señora un punto en su obra con un celo digno de mejor causa. Verdad es que ella pensaba labrar la felicidad de su hija.

Además, este casamiento halagaba mucho su vanidad, pues la señora se bañaba en agua de rosas, como se dice, al pensar que podía tener un yerno como Eduardo; lleno de prendas é ilustracion, con un nombre distinguido en la sociedad y que sin duda haría una brillante fortuna sin pasar mucho tiempo. Ya veía algunos alegres presagios; pues habiendo Eduardo entrado en la política, había logrado el favor de los hombres del Gobierno y con él los de la fortuna, de la cual parece pueden ellos disponer á su arbitrio, aunque la pinten tan esquivá y huraña para los demás mortales. En efecto, ya su tren empezaba á prosperar y le permitía tener coche y caballos y una renta razonable, gracias á la cual podía satisfacer todos sus caprichos y ostentar algun lujo. Empezaba también á tener influencia y ser buscado como empeño por muchos para conseguir el benéfico rocío de las regiones superiores. En fin, las promesas empezaban á ser hechos y los sueños se convertían en realidades palpables y tangibles. El,

por su parte, seguía siempre en su asiduidad y atenciones con la jóven.

V

Por fin llegaron las cosas á un punto que necesitaban un pronto desenlace. Tanto trabajó misia Edelmira, que al fin logró disipar las prevenciones nacidas en el ánimo de Celina por la lectura de aquel desgraciado libro. Tan amable se mostró Eduardo con ella, la trató con tanta delicadeza, que al fin consiguió interesar sinceramente su corazón.

Entonces pidió la mano de la jóven á sus padres. Escusado es decir con cuanto placer se la otorgaron; el casamiento quedó acordado para dentro de un breve término mientras se hacían los preparativos de estilo.

Por fin llegó el día ansiado que fué principalmente para misia Edelmira un día de triunfo. Sus votos mas ardientes estaban llenos, sus aspiraciones de colocar á su hija de una manera brillante cumplidas; así, pues, se decidió á echar el resto; ó como dice otro refran, la casa por la ventana. Escusamos dar á nuestros lectores una descripción de la fiesta. Son los casamientos un acontecimiento vulgar y solemne

á la vez, banal y lleno de interés, comun y siempre nuevo, y que tiene el poder de excitar la mas viva curiosidad y dar pábulo inagotable á las conversaciones. Todos sus detalles son inspeccionados y comentados, las personas, los trajes, los regalos; los mismos diarios se ocupan de ellos. Lea el que lo désée una Crónica de cualquier casamiento con fiesta entre la gente de aparato, vea la lista de los regalos, y tendrá una idea exacta de lo que fué el casamiento de Celina con Eduardo, pues todos ellos, entre cierta clase de la sociedad, casi son iguales.

Solo diremos que los señores de Belmonte hicieron alarde de lujo y regocijo; que recibieron ese dia espléndidamente á todas sus relaciones; que el traje de Celina fué muy admirado; que recibió numerosos y ricos presentes en alhajas y objetos de arte; que muchas jóvenes la envidiaron cordialmente y muchas mamás desearon hallarse en el lugar de misia Edelmira.

No sé que extraño prestigio tienen para la generalidad de las mujeres los hombres que visten bien y poseen maneras de sociedad, aunque por otra parte sean mas feos que un mono y no cuenten mérito alguno. Ello es que Eduardo se captaba las simpatias de casi todas por su aire altivo y resuelto, por su traje

elegante, por su trato de mundo, que mostraba que se hallaba en él como el pez en el agua. Él contrastaba singularmente con la suave belleza y el aire cándido de Celina, el cual aumentaba su blanco vestido y el largo velo blanco que la cubría enteramente.

Una vez efectuado el casamiento, partieron los novios por algunos días á una casa de campo del señor Belmonte, que estaba cercana á la ciudad.

VI

Las alegres antorchas de Himeneo se apagaron; los ramilletes de azahares y de rosas se marchitaron bien pronto y junto con ellos pasaron las ilusiones y quedó la triste Celina enfrente á la dura realidad. Ella halló que su marido no era tal cual se lo había imaginado, tal cual se lo habían pintado, sino mas bien segun lo había juzgado por la lectura de aquel importuno libro.

Él era un sér egoísta en extremo y lleno de la mas baja vulgaridad; sus inclinaciones eran groseras, sus gustos pura materialidad, á pesar de la corteza de elegancia de que rodeaba su persona y el refinamiento de que hacía gala en otras cosas. Muchas veces la delicadeza de su alma fué profundamente chocada

con sus palabras y sus acciones ; dejó bien pronto sus atenciones y melifluas amabilidades y se mostró duro y dominante con su esposa, queriendo hacer imperar en ella y en su casa hasta sus menores caprichos. No habia duda de que mucho de lo que habia estampado en sus escritos, lo había bebido en su propia vida, y muchas escenas de bajeza y degradacion allí reproducidas, no eran mas que un trasunto de otras en que él habia intervenido y sido actor.

Tuvo aún mas que pasar. No se deshace en un mes la obra de muchos años y el que está acostumbrado á rodar por la basura y envolverse en ella, no puede volar de repente como las ligeras mariposas ó los graciosos alguaciles. Eduardo volvió sin pasar mucho tiempo á sus antiguos hábitos de disipacion y desorden, y no pudo ocultarlo del todo á su esposa. Celina se vió olvidada y quizás suplantada por innobles rivales. Un profundo desaliento, un negro desencanto se apoderó de su alma ; empezó á verlo todo sombrío, á pesar del lujo y las diversiones que la rodeaban.

Si ella hubiera sido otra clase de mujer, habria tal vez luchado y emprendido la obra de la reforma de su marido ; pero ella, aunque sumamente buena, era de carácter suave y débil, y además no estaba suficientemente imbuida en la religion y sin su auxilio no se

acometen ni llevan á cabo las grandes empresas. Así, pues, se entregó de lleno en manos del abatimiento y de la tristeza. Su salud empezó á alterarse; crisis nerviosas le sobrevinieron con frecuencia. Esto, añadido con su complicado estado, acabó por debilitarla de manera que llegó á temerse por su existencia, á pesar de los solícitos cuidados que se le prodigaron por parte de su familia.

Era tarde; un poco mas de un año habia pasado desde su matrimonio, cuando dió á luz una niña débil y enfermiza. Esto la postró de manera, que se desataron los frágiles lazos que la ligaban á la vida y tomó el vuelo hácia las eternas regiones, buscando sin duda la felicidad que no habia hallado en el mundo.

Misia Edelmira tuvo rios de lágrimas para llorar á su hija; pero nunca llegó á reprocharse de haber contribuido por su parte muy eficazmente á su pérdida.

LA LUZ MALA



LA LUZ MALA



NARRACION DE LA CAMPAÑA

I

Pasábamos el verano del año 1869 en una antigua estancia, no muy distante de Buenos Aires. Era esta un gran establecimiento de campo, perteneciente á una rica y poderosa familia extranjera; así tenía gran casa para los dueños, grande y majestuosa arboleda con largas calles de álamos y de paraísos y montes de árboles frutales; grandes rebaños de ovejas, ganado vacuno y manadas de caballos, con su complemento necesario de numerosos peones, empleados en su cuidado.

Estos tenían su departamento separado, situado un poco hácia afuera de los cercados de la casa principal,

y se componía de una vasta cocina con su gran fogon en una esquina y bancos de tablas al rededor para sentarse y para dormir; algunas piezas separadas y varios galpones, todo de ladrillo con techos de teja ó de zinc. Allí se reunian los peones dos veces al dia, á las doce, hora de la comida, y á la noche, cuando concluido el trabajo, los esperaba la cena y el sueño. Entónces aquellos pobres campesinos, mientras esperaban que acabase de preparar sus alimentos la cocinera, Doña Jerónima, mujer ya entrada en años, alta y seca, cuyo rostro habían arado sin duda los años junto con los sinsabores, y el trabajo gastado su cuerpo, se entretenían tomando su mate y conversando sobre los sucesos del día ó las noticias de la ciudad que habían oído en la esquina; algunos tambien, mal ó bien, rasgueaban la guitarra y ensayaban las piezas que habían de tocar en los bailes. Allí solían oirse á veces conversaciones interesantes para el que gusta observar las costumbres de cada pueblo, y se contaban sucesos y aventuras variadas; yo acostumbraba ir algunas veces entre ellos con este fin y me entretenía con su charla y sus cantos.

Un dia, uno de los muchachos que había quedado retardado por algun quehacer, vino á la cena alarmado con una extraña novedad. Era una noche de

verano, serena, pero sin luna; los últimos resplandores del crepúsculo se habían desvanecido; el balido de los animales al entrar en sus corrales había cesado; así, pues, reinaba en la naturaleza una gran tranquilidad. El referido muchacho entró en la cocina diciendo, con visibles muestras de susto, que pasando á caballo por el fondo de la quinta, de en medio de una zanja, entre los árboles, había visto salir la luz mala, que le había hecho espantar el caballo. Todos quedaron suspensos al oírle; Doña Jerónima se santiguó y rezó un *Padre nuestro* en voz baja y exclamó: Animas benditas, Dios les dé su santo descanso!

Otro de los peones, ya de alguna edad, llamado Contreras, dijo: Debe de haber finados en ese sitio, compañeros, que todavía andan penando. Se cuentan muchos casos y aún yo la he visto algunas veces.

—Pues yo, repuso otro por nombre de Bustos, necesitaría verlo para creerlo, como dijo Santo Tomás.

• —La prueba es muy fácil, amigo, contestó aquel. Vaya Vd., si se anima, esta misma noche y vea si es cierto lo que dice este muchacho.

Picado el otro en su amor propio dijo que así lo

haría inmediatamente (aunque no dejaba de temer), pues los gauchos cuanto son valientes é intrépidos de día, se vuelven tímidos y supersticiosos de noche. Y cuán poco les imponen los hombres y los peligros reales, tanto mas los amedrentan los séres sobrenaturales y las cosas imaginarias. Yo quise aprovechar también aquella ocasion de cerciorarme de un extraño fenómeno de la naturaleza y así me ofrecí á ir en su compañía junto con un italiano, tendero ambulante, que declaró abiertamente que él no creía en estas cosas. Pusímonos en marcha por entre la espesa arboleda y nos dirigimos háciá el paraje indicado en el fondo de la quinta.

La noche era oscura y apenas una ténue vislumbre nos dejaba entrever el camino. Los altos y frondosos árboles, parecían agrandarse con las sombras y extender mas léjos sus ramas; la oscuridad y el silencio que reinaban en todo aquel inmenso bosque, no dejaban de impresionar el ánimo é infundir algun pavor. Por fin llegamos al paraje señalado; era este un grupo de espinosos talas plantados en el limite del monte, al borde de una honda y ancha zanja, que lo separaba del campo. Un rato estuvimos observando y como nada veíamos ya nos íbamos á retirar, desengañados que todo no había sido mas que una ilusion

■

del muchacho, cuando una débil claridad pareció iluminar de repente aquel sitio. Nos detuvimos; en seguida una especie de llamas, flojas y vacilantes, de color verdoso y fosforescente empezaron á elevarse y apagarse súbitamente; despues volvieron á aparecer y se sostuvieron en el aire, pareciendo como jugar y correr en varias direcciones. Por fin se apagaron de nuevo y todo quedó en las sombras.

Yo había leído muchas veces la causa de estas luces ó fuegos llamados *fátuos*; á pesar de todo, sea por lo solo é imponente del sitio, sea por la oscuridad de la noche, este espectáculo no dejó de causar una impresion de terror en mi espíritu. En cuanto á mis acompañantes muchas veces se hicieron la señal de la cruz y se volvieron á las casas atemorizados, dando plena fé á las palabras del anciano Contreras.

Al otro día volví á la cocina y hallé á D^a Jerónima preparando, como siempre, su comida. Esta vez estaba completamente sola, y mirándome de un modo extraño, me dijo:

— Si Vd. quiere le contaré la causa de lo que ha visto anoche. Es una historia verdadera, que á mí misma me ha pasado. Pero yo no se la quise decir delante de los muchachos, para que no le pierdan á una el respeto. No conviene que ellos la sepan.

— Con mucho gusto la oiré, contesté yo, si Vd. quiere contármela. Puede estar segura de que jamás ellos la sabrán, ni nadie de los que están aquí.

Entonces ella, mientras hacía sus preparativos, me refirió con todos sus pormenores la siguiente historia de que damos un fiel extracto á nuestros lectores.

II

« Yo siempre he vivido en esta estancia. Aquí puedo decir que he nacido y me he criado, pues no sé el tiempo que estoy. Mi padre era capataz en tiempos antiguos y mi madre se ocupaba en lavar la ropa de los patrones y cuanta caía en sus manos; yo la ayudaba de muchacha en estos trabajos.

No siempre he sido como Vd. me vé, repuso D^a Jerónima; *hago feo en decirlo*, pero en otros tiempos decían todos que era una *moza regular*. Así no faltaban quienes me echaran flores, pero yo no hacía caso de nadie y no atendía mas que á mi trabajo y á mi madre. Ella me decía siempre que las palabras de los hombres eran como el viento, y que no había que hacer caso de ellas, mientras no pusieran por testigo á la Iglesia. Yo era muy mentada por el planchado que sabía hacer y las letras que sabía bordar en los pañuelos.

Por este tiempo trajo Dios á esta estancia, no sé para qué, á dos mozos hermanos á conchavarse de peones. Es decir, ellos no eran hermanos por la sangre, sino de leche; se habían criado juntos, se querían y estaban siempre unidos como si lo fuesen. Eran dos hombres guapos y trabajadores, cumplidores de su deber y buenos para toda clase de trabajo de campo; lo mismo para enlazar que para domar, de á caballo ó de á pié; así eran muy apreciados por sus patrones. Los dos me conocieron por mal de mis pecados y los dos á un tiempo se prendaron de la que no lo merecía. Ellos gustaban de conversar conmigo y á veces venían á visitarme á la pieza de mi madre, que hacía poco estaba viuda, á las horas que el trabajo les dejaba libres. A veces tocaban la guitarra y cantaban, á cual mejor, versos que se me quedaban en la memoria, pues sabían cantar muy bien y eran buenos guitarreros; le digo á Vd. que eran hombres completos! Jamás se desmandaban en una palabra mas alta que otra y nos respetaban mucho; así mi madre los apreciaba. Lo único que no le gustaba es que los dos parecían igualmente pretenderme á mí, y yo les correspondía igualmente á los dos. Ella me dijo que era preciso que me decidiese por alguno de ellos y se lo demostrase, para que el otro se retirase y cediese el

campo. Así empecé á hacerlo y esto fué el origen de una gran desgracia.

Dolores se llamaba el uno y el otro Ramon, y llevaban el mismo apellido de Gomez, como si fuesen hermanos. Yo me decidí por Ramon y empecé á mostrarle á éste preferencia. Le marqué un pañuelo con letras de colores; le aceptaba sus obsequios y le demostraba gustar mas de sus cantos y de su conversacion. Dolores empezó á ponerse celoso y á mostrarse sombrío y callado con su hermano. Como cuando el sol se nubla, el cielo se entristece y es imposible dejar de conocerlo, así pasaba con él; su corazon sufría, pero como era prudente y reservado, disimulaba. Yo, como muchacha que era, no conocia nada de estas cosas y me reía de su mala cara. Ramon era siempre igual con él, como que estaba satisfecho y su corazon no pasaba ninguna amargura.

Así pasó algun tiempo; el uno callando y disimulando, el otro haciéndolo enojar y sufrir sin querer. Por fin la tormenta estalló de repente. Un dia que andaban por el campo solos, cuando llegaron detrás del monte, Dolores le dijo á Ramon :

—Hermano, bájese del caballo, que tengo que decirle una palabra.

Bajóse el otro del caballo, y le respondió : Aquí estoy para lo que mande.

—Hermano, repuso Dolores, uno de los dos está de mas y es preciso que salga del medio. ¿Quiere que peleemos?

—¿Qué dice, hermano? contestó Ramon sorprendido, ¿por qué hemos de pelear?

—Lo dicho, dicho; usted lo sabe mejor que yo. Saque su cuchillo, si es hombre, y veremos cual ha de quedar.

Ramon trató de disuadirle con buenas palabras, pero no hubo forma; á las palabras amargas sucedieron los insultos y tras estos salieron los cuchillos á relucir. Tiráronse golpes y los pararon mutuamente, pues ambos eran hábiles en el manejo de esta arma terrible en manos del paisano. Por fin, la desgracia estuvo por Dolores; tiróle Ramon una cuchillada con tanto acierto que fué á darle en el corazon y cayó sin tener mas tiempo que de pedir á Dios misericordia. Ramon, desesperado, huyó de aquel sitio, pero vino á contarme antes el suceso tan desgraciado que habia tenido y como de él no era la culpa. Yo le dije que huyese y se fuese á donde mas no lo volviese á ver, antes que se descubriese la muerte; que á nadie diria palabra; pero juré en mi corazon que aunque pudiera algun dia volver, no me casaria nunca con él.

Esa misma noche Ramon huyó y nadie pudo nun-

ca saber á donde habia ido; la muerte no se descubrió hasta el otro dia. Se dió parte á la autoridad, se hicieron averiguaciones y no se pudo sacar nada en limpio del asunto. El alcalde mandó que se enterrase al muerto en ese paraje que usted ha visto al fondo del monte, pues habia pasado mucho tiempo y no se podia ya llevar á enterrar á poblado. Entonces no era todo como ahora; no habia tanta facilidad de ir de una parte á otra y la autoridad no era tan celosa.

Como no se pudo dar con el criminal para castigarlo, á nadie se puso preso, pues nadie tenia parte en el suceso. Un tiempo se habló mucho del caso; y hasta se me echó por algunos enemigos, que nunca faltan, la culpa. Siempre hay envidiosos y murmuraciones en todas partes. Pero pasó el tiempo y todo se fué olvidando. La estancia se vendió y pasó á otros patronos. Casi todos los peones fueron saliendo poco á poco y vinieron otros nuevos que no sabian el asunto, y todo quedó como si nada hubiese sucedido.

III

Pasaron algunos años y empecé á quedarme sola en el mundo. Mi padre habia muerto antes de esta historia; mi madre murió como cinco años despues,

y yo siempre seguí sosteniéndome con mi trabajo como antes. Todo se borra con el tiempo y empecé á olvidar el triste suceso.

Por entonces llegó á la estancia un mozo que nadie conocía y parecía venir de muy lejos á conchavarse de peon; Gabino Suarez dijo llamarse. Yo no lo habia visto á él; él sí me habia visto á mí. Un dia que estaba lavando la ropa de los patrones sola en el lavadero, él se acercó á hablarme. Al instante lo conocí, aunque se habia envejecido bastante; le habian salido canas. Él me pidió que no dijese á nadie nada y yo se lo cumplí; así nos seguimos hablando por algun tiempo. Donde ha habido fuego quedan las cenizas, y revolviéndolas á veces se suele hallar alguna brasa con que vuelve á encenderse. Esto me pasó á mí.

Nos volvimos á amar; él me habló de casarnos. ¿Qué quiere usted? Yo me habia sola en el mundo y es triste la posicion de una mujer en este caso. Yo me olvidé de mi juramento, y ¡ay! para mi desgracia nos casamos. Por este tiempo dieron en decir los peones que se aparecía esa luz mala, que usted ha visto. Desde entonces no me ha sucedido cosa buena.

Nuestro matrimonio no fué feliz; no porque mi marido me diese mala vida ó me hiciese sufrir de

ningún modo; al contrario, siempre fué lo mas bueno para conmigo. Pero algo se habia atravesado entre él y yo que nos hacia desgraciados y no podíamos tener gusto completo; esa luz mala que se aparecia á veces nos mortificaba á él y á mí y nos traía tristes recuerdos. No nos íbamos porque él estaba muy apreciado de los patrones; y ¿á dónde mejor irá un pobre, cuando ha hallado esto?

Como cinco ó seis años despues de casada, volviendo mi marido de llevar una tropa de hacienda á la ciudad, fué asaltado de noche por unos facinetosos que le quitaron la vida por robarle el dinero que traía. Al otro dia fué encontrado su cuerpo medio desnudo, no lejos de esta estancia; le llevaron á sepultar al pueblo vecino y fué muy sentido de los patrones. Yo quedé siempre en la casa; pero no acabaron mis desgracias. De dos hijos que tuve, el mayor que habia salido á su padre en lo guapo para el trabajo y cumplidor de su deber, fué llevado soldado á la guerra del Paraguay y allí fué muerto á la edad de 20 años. El otro vive hasta ahora para mi tormento; pues es completamente demente é incapaz; para nada me sirve sino para mortificarme y sacarme el dinero que gano con mi trabajo, llegando á veces hasta ponerme las manos sino se lo doy para gastarlo en las esquinas.

Desde que mi marido murió, esa luz mala se aparece con mas frecuencia y hasta dicen que son dos; que se separan y se juntan y parece que andan peleando.

Deben de ser las ánimas de los finados que andan penando para pagar sus culpas y necesitan oraciones. Yo les he hecho y hago siempre muchas y les enciendo velas, pero no puedo conseguir todavía que Dios les dé descanso. Tengo que ir al pueblo á ver el señor Cura y consultar con él el caso, para que me les diga unas misas. Á pesar de que ya les he mandado decir algunas, como he podido, con mis cortos medios; pero sin duda no son bastantes. Con todo me es difícil ir al pueblo, como está tan lejos y casi no puedo dejar el trabajo; los peones tienen que comer todos los dias, y faltando esta pobre vieja, no es fácil hallar quien se lo haga».

Aquí acabó D^a Jerónima su triste historia; encendió de nuevo su cigarro que se le había apagado, y que casi nunca dejaba sinó cuando estaba en presencia de los patrones, y se ocupó en dar la última mano á su poco variada, pero pesada cocina.

IV

Despues de esto volví algunas noches á aquel misterioso paraje á observar la luz mala, pero ella no

volvió á aparecer mas mientras estuve yo allí. Habiendo venido á la ciudad, en muchos años por diversas circunstancias no pude volver á aquella estancia, ni tuve noticias de D^a Jerónima, ni si habia logrado su objeto con su visita al señor Cura. Solo despues de mucho tiempo supe que D^a Jerónima, habiendo quedado ciega, habia sido traída á la ciudad despues de pasar muchos trabajos y que, colocada en un establecimiento de caridad, habia fallecido tranquilamente á una edad avanzada.
